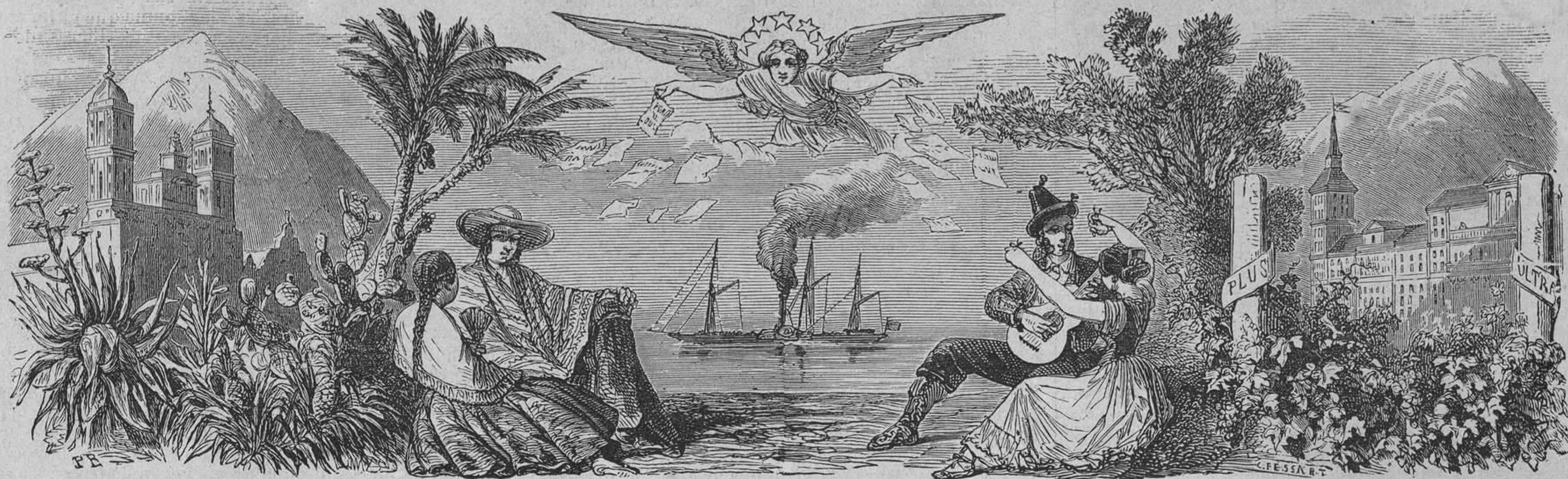


EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1867. — Tomo XXIX.

EDITORES-PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MELAN.

Administracion general, passage Saulnier, número 4, en Paris.

AÑO 26. — N° 746.

SUMARIO.

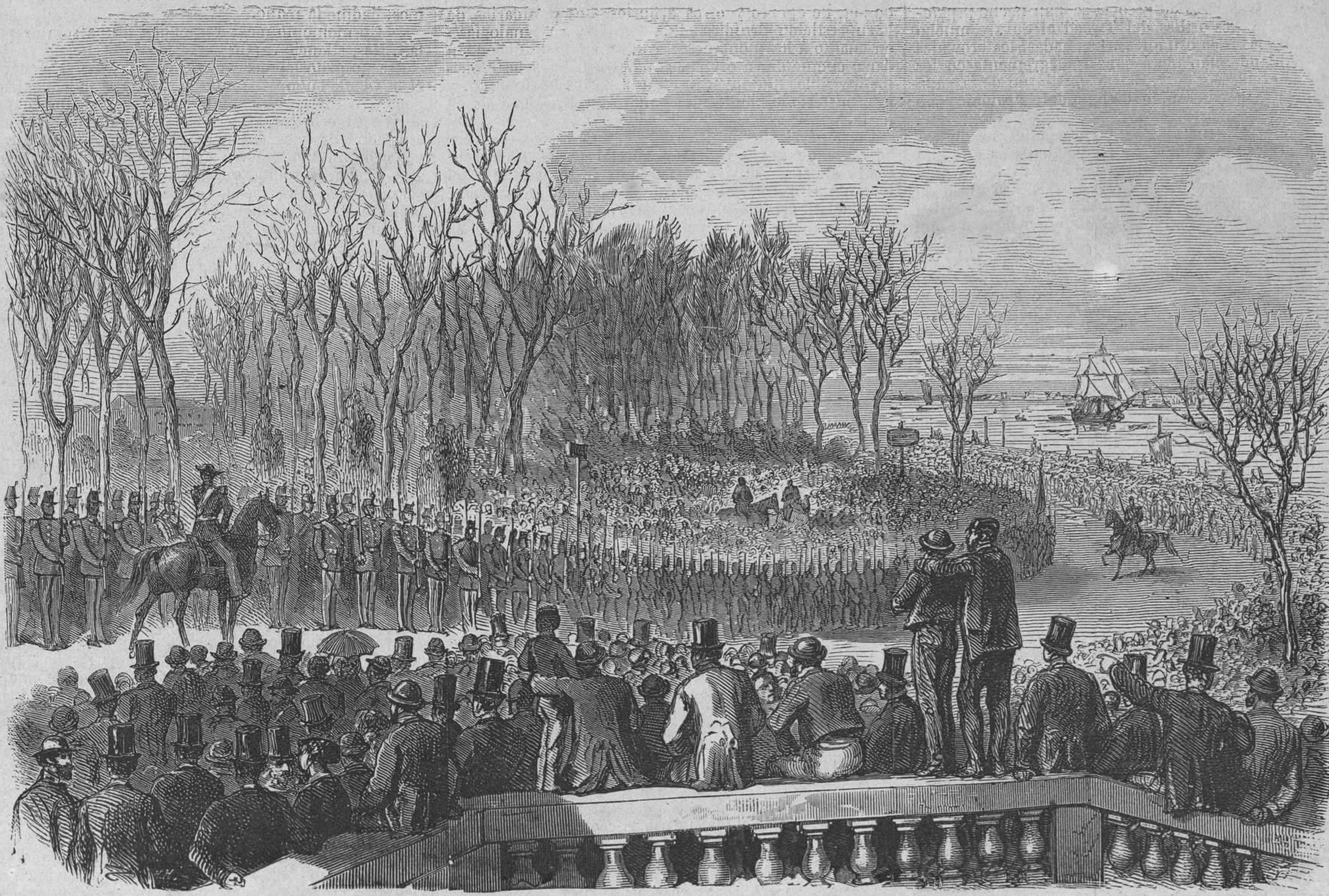
Venecia; grabado. — Supersticiones poéticas de la Escocia. — El gran ducado de Luxemburgo; grabado. — Nuevo mapa de la Prusia; grabado. — Revista de Paris. — Poesias. — Los jefes de la insurreccion cretense; grabados. — Correspondencia de Creta; grabado. — Exposicion universal de 1867; grabado. — La Marquesa de Pinares. — El canal Cavour; grabados. — Ventajas é inconvenientes de la supresion de Clichy, ó sea la prision por deudas; grabados. — Crichton. — Los dos penados. — Curiosidades de Paris; grabados.

Supersticiones poéticas de la Escocia.

Lo último que un pueblo abandona es lo que llamamos sus supersticiones. Para destruirlas de un golpe seria forzoso acabar con las pasiones inherentes á la naturaleza íntima del hombre, pasiones contra las que se estrellan los racionios, sea que aceleren ó retarden los latidos del corazon. Existe en nosotros una necesidad invencible de creer, que se alimenta muchas veces de las opiniones y de las ideas mas contradictorias. Nuestro orgullo y nuestra flaqueza llaman continua-

mente á su socorro fuerzas imaginarias. Hasta las virtudes vienen á ser cómplices de nuestra debilidad : el amor es tan supersticioso como el odio ; la fe y la esperanza, virtudes teologales, no lo son menos que el miedo... ¿qué digo? hasta el mismo valor tiene sus supersticiones.

El estudio de las supersticiones de un pueblo hace parte del exámen filosófico de sus costumbres, de su literatura, de todos los elementos que constituyen su individualidad nacional. Nos pasmamos al ver la fecunda invencion de los poetas primitivos ; y sin embargo, ¿qué es lo que han hecho la mayor parte de ellos sino traducir en lenguaje armonioso los cuentos populares?



VENECIA. — Revista de la guardia nacional con motivo del aniversario del 22 de marzo de 1848

La forma de la narración es suya; la creación es del pueblo. Las bellas ficciones de Homero, todas las alegorías, á las que atribuyeron un sentido místico los filósofos de la Grecia, no reconocen otro origen. Los sabios acusaron muchas veces al ciego de Escio de haber calumniado ó degradado á los dioses, atribuyéndoles las pasiones de los hombres, y haciéndoles desempeñar un papel indigno en el gran drama de la vida; mas el pueblo defendió esas divinas ficciones y endiosó al mismo Homero para pagarle el haber dado la inmortalidad de la poesía á sus toscas creencias.

Uno de los moralistas mas distinguidos del último siglo, el doctor Johnson, que alimentaba desde la infancia el odio mas decidido contra los escoceses, hizo expresamente el viaje de las Hébridas para dar un mentís á las ficciones heroicas de Macpherson, sobre los lugares mismos en que se suponen haber pasado. Negó que Osian y Fingal hubiesen vivido nunca, combatido, y sobre todo cantado ellos mismos sus hazañas; no quiso ver á los héroes fingidos en ninguna nube de Escocia, y se burló, á fuer de filósofo, del carro de Cuchullin, del arpa de Malvina, del escudo de su padre ciego, y de toda la mitología pseudo-caledónica; y sin embargo, el mismo filósofo confiesa ingenuamente que creía en la segunda vista, en los duendes y en todos los cuentos de la tradición; y que si hubiese osado, hubiera creído en las brujas y en las hadas de la moderna Escocia, de las cuales hablaba con respeto; ¿y eso por qué? Porque tal era la creencia popular, y Johnson hubiera mandado quemar gustoso las poesías ersas, que no eran, según él, sino una invención del pueblo, una mentira en literatura, una impostura odiosa. Si un vasallo del clan Mac-Lean ó del clan Mac-Gregor le hubiese dicho: «Yo creo en Osian el ciego como en Oran el resucitado; yo creo en Malvina como en la Sirena de Colonsay ó en la bruja de Corry-vreckan,» Johnson se hubiera convertido á la voz de Selma: mas como desgraciadamente no encontró sino un solo maestro de escuela que pretendiese defender seriamente la autenticidad literal de la supuesta traducción de los antiguos bardos, desafió á Macpherson á que le enseñase los textos originales.

Después de la expedición de Johnson á las Hébridas, Osian ha parecido algo menos poético al orgullo nacional de los compatriotas de Macpherson, el cual se puede tener por muy dichoso con haber sido el poeta predilecto de Napoleón; pues ni aun en Escocia, su mitología ficticia no ha podido despertar ningún recuerdo popular. Burns y Walter Scott han bebido en otras fuentes lo maravilloso de sus obras. Se han hecho hombres del pueblo en creencias, y no han temido degradarse con sus continuas alusiones al viejo Nick, á las Hadas, á los *brownies* ó duendes, á los *spunkies*, al brujo *Miquel Scott*; en una palabra, á todo lo que parecía bajo y vulgar á los poetas de salón del siglo XVIII, sus predecesores. Gracias á estas dos reputaciones encumbradas que las han tomado bajo su protección, las supersticiones populares de Escocia se han hecho populares mas allá de las orillas del Tweed al Sur, y mucho mas allá de las islas británicas. Las hadas, los *brownies* de los highlands, han ido á danzar alegremente en los teatros de Londres y de París, no ya al son de la gaita montañesa, sino al sonido divinamente armónico de Rossini.

Se supone, en general, que las supersticiones de Escocia se dividen en supersticiones particulares á la alta Escocia (*Highlands*), y en supersticiones particulares á la baja Escocia (*Lowlands* ó tierras bajas): si quisiésemos hacer una disertación didáctica, adoptaríamos indiferentemente esta distinción ó cualquier otra, de que se han servido los autores de los sabios tratados sobre la diferencia de las razas en apoyo de sus sistemas. Antes que los *Lowlanders* fuesen comedores de pan de trigo, como los llamaban los montañeses, por desprecio ó por envidia, las supersticiones de todo el reino eran probablemente las mismas; pues el aspecto físico de las dos divisiones territoriales no difiere bastante para producir por sí solo modificaciones de ideas tan notables: mas las creencias populares han debido recibir insensiblemente nuevas formas y nuevos matices con las costumbres y usos del pueblo. Así, por ejemplo, las supersticiones descritas por Burns en su *Halloween* pertenecen casi todas á las costumbres de una comarca pastoril ó agrícola, al paso que las que encontramos en nuestros días en las montañas son la expresión característica de un pueblo guerrero, cazador y salvaje.

El *Halloween* es la noche anterior á Todos-Santos (*All-Hallows*): las brujas, los diablos, los duendes, etc., recorren libremente los aires durante esta noche, que viene á ser una tregua entre los espíritus y el hombre, y la época del año en que, por medio de ciertos encantos, la inteligencia mas limitada puede conocer el porvenir. Los labriegos de Escocia celebran desde tiempo inmemorial el *Halloween* con ciertos ritos pueriles ó extraños. Las muchachas van de dos en dos, dándose la mano y con los ojos cerrados, á arrancar la primera col que encuentran: según sea la col, grande, pequeña, recta ó torcida, será su novio hermoso ó feo, alto ó corcovado. Si la raíz lleva un poco de tierra, es señal de que será rico; si el tallo de la col es liso y suave, el marido tendrá buen genio; si es áspera, regañará muy á menudo. Dos novios confiaban también el presagio de su desdicha ó de su felicidad á dos nueces que hacían arder juntas en el fuego, y que ora se consumían tranquilamente una junto á otra, ora se separaban y reventaban peterreando, lo que indicaba que el matrimonio debía ser tranquilo ó turbado por continuas disputas y contiendas. La muchacha que no tiene todavía amante

se pone delante de un espejo, cierra los ojos comiendo una manzana, y después, cuando los abre, ve en el cristal la cabeza del que ama ó amará, inclinada sobre su espalda. Se alcanza la misma aparición sembrando algunos ramos de cañamo, repitiendo algunas voces consagradas; en una palabra, casi todos los ritos del *Halloween* tienen por objeto el satisfacer esa curiosidad de jóvenes.

La fiesta del *Bel-Tein* en las montañas es una ceremonia mas grave y la que mas recuerda al mismo tiempo las costumbres pastoriles. El 1.º de mayo se reúnen los miembros del clan en un sitio designado con un mes de anticipación, llevando cada uno *whisky* y una galleta de harina de cebada, porque nadie debe venir con las manos vacías. Se abre en primer lugar un hoyo cuadrado en tierra, en medio del cual se deja un otero ó altar de césped, donde se enciende un fuego, en el cual se coloca un gran vaso: los asistentes se forman en círculo y echan sus ofrendas en el puchero, las cuales consisten en huevos, manteca, harina de cebada y leche. Cuando esta mezcla ha hervido bien, se hacen libaciones á los espíritus invisibles del mundo. Entonces los devotos de *Bel-Tein* traen sus galletas votivas, amasadas con nueve sesgaduras; se vuelven hácia el fuego, hacen nueve pedazos de la galleta y los tiran por encima de la espalda, dirigiéndose á los seres naturales ó sobrenaturales, á quienes esperan hacerse propicios ó cuyas malas pasadas quieren conjurar. «¡Oh tú, dicen, guarda mis caballos!—¡Oh tú, conserva mis carneros!» Y así sucesivamente, sin designar de otra manera al ser desconocido á quien invocan. Llega después el turno á los destructores visibles: «A tí, zorra, te doy esto para que no hagas daño á mis ovejas; esto para tí, cuervo negro; para tí esto, águila de la montaña.» Acabado este sacrificio, los sacrificadores se sientan y reparten entre sí el resto de sus provisiones, que rocian con *whisky* para que sea completa la comida, la cual se termina muchas veces con una danza.

La víspera del *Bel-Tein*, los montañeses envían á sus hijos ó van ellos mismos al bosque para coger ramas de Fresno, que colocan en forma de cruz sobre las puertas de sus casas, atribuyendo á este árbol la virtud de alejar los espíritus malignos. Como esta parte del rito recuerda el *gui* ó *muérdago* de los Druidas, nuestros anticuarios han pretendido que eso debía ser una tradición oscura del culto druídico, mientras que otros han querido ver en ello un resto del culto pagano de Páles, la diosa de los pastores. *Belton*, *Beltein* ó *Beltane* se deriva de dos palabras gaélicas que significan el fuego de Belo, ó el fuego de Baal; mas los anticuarios clásicos han cambiado la B en P, y las traducen por el *fuego de Pal*, el fuego de Páles. La fiesta de Páles en el paganismo se celebraba siempre en abril. No se ofrecía á la diosa ninguna víctima viva, sino los frutos de la tierra, leche, quesos, huevos ó galleta amasada por las esposas de los pastores, como en el *Bel-Tein*. Se purificaban los rebaños con vapor de azufre y el humo de un fuego de boj, de enebro y otros arbustos. Los partidarios de la superstición druídica citan también sus analogías: en cuanto á los montañeses, continúan la tradición sin darse cuenta de su origen. ¿Cuáles son pues los espíritus invisibles que invocan en esta fiesta? Lo ignoran, y este misterio aumenta mas y mas la solemnidad de la fiesta.

En general, los espíritus de las montañas son mas adustos que graciosos, mas horribles que lindos. El Gael solitario, que vive al ruido de la tempestad ó del torrente, con una nube de color de plomo ante los ojos, no puede tener visiones suaves ni agradables, y se parece á ese hijo del espectro del cual Walter Scott ha hecho el sacrificador del clan de Roderico Dhu, en la *Dama del Lago* (1). Para él se transformaban en horribles monstruos las rocas escarpadas, y veía salir un demonio acuático de la espumosa cascada; el vapor de la montaña se convertía de repente, para él, en manto de una vieja hechicera, y el viento de la noche le parecía el canto profético de los muertos de una batalla cercana.

En una palabra, el habitante del desierto, lejos de los hombres, se rodeaba de un mundo de fantasmas. Las fábulas de los montañeses participan de ese colorido sombrío. Si dan formas graciosas á un espíritu infernal, es para ocultar el veneno bajo sus besos, para hacer mas mortífero el rayo de sus hermosos ojos. Tales son las *mujeres verdes* que se aparecieron á dos cazadores mientras estaban descansando de las fatigas del día en una cabaña de Glefínas. La noche era muy oscura bajo el triple toldo de un cielo nebuloso, de la sombra de las montañas y de las hojas de los árboles. Sin embargo, ambos cazadores eran jóvenes; el techo de su *bathy* ó choza podía desafiar al viento y á la lluvia: un tronco de pino devorado por la llama del hogar enviaba hasta las vigas su vivo resplandor: habían medio vaciado ya la calabaza del *whisky*, acababan de apurarla cantando antiguas baladas que repetían los tristes ecos de la noche.

— Tenemos alegres canciones y un *whisky* generoso, dijo el uno: ¿que no tengamos otra cosa para que nuestra felicidad fuese cabal!

— Tienes razón, dijo el otro, ¿que no tengamos

(1) Según la tradición, el hijo del Espectro lo era de una joven que se había quedado dormida cerca de una hoguera encendida para quemar los huesos de un campo de batalla. Durante el sueño, el viento la cubrió de cenizas de esta hoguera fúnebre, y esas cenizas fecundas la hicieron madre. Pocas supersticiones conocemos tan extrañas como esta.

dos hermosas montañesas para reír y jugar con nosotros!

De repente, como en repuesta á ese doble deseo, se dejan oír dos voces á alguna distancia de la cabaña, á las cuales se mezcla un ruido de pasos que se acercan: oyesen dos golpecitos á la puerta, la cual, como carecía de pestillo, se abre por sí misma, y entran dos muchachas riendo y saltando. *Iban vestidas de verde*, y su ropa era de un tejido de la mas rica seda. Medio salían sus pechos y sus blancas espaldas de sus corsés. Un poeta hubiera podido compararlas á la espuma que el torrente de la primavera hace borbotar sobre sus riberas, donde crece un bordado de niebla. Es cierto que las desconocidas habían pasado ya la edad de la primera juventud, pero conservaban aun su lozanía con la brillante madurez de una mujer ya hecha, y ceñía todavía los rizos de su poblada cabellera, el *snood* ó cinta de vírgen. A la edad que denotaba su porte, la belleza puede dejar de ser medrosa sin perder nada de sus gracias. Sus ojos azules parecían animados de una feliz alegría y por la expresión de una esperanza voluptuosa: se hubiera dicho en fin que una embriaguez desusada les había dado el imprudente valor de abandonar solas el techo materno. En otros momentos mas tranquilos, los dos cazadores hubieran sin duda dirigido algunas preguntas curiosas á esas hermosas desconocidas; les hubieran hecho decir quiénes eran, de dónde y por qué venían; pero ¿á qué venía sobresaltar su imprudencia antes de aprovecharse de ella? Uno de los dos amigos quiso ser el primero en estrechar entre sus brazos á la mayor de las hermanas, pues si no lo eran por la sangre, lo eran por la belleza. Un grito apocado de horror le hizo cejar ante el delito, y no pudo detener á la hermosa asustada, cuando saltó hácia atrás y pasó el dintel de la puerta; sin embargo le pareció que al huir le había flechado una mirada que mas bien indicaba tierna reprensión que cólera; así que corrió para volverla á traer ó seguirla; pero en un instante se perdió la pareja en las tinieblas.

— ¿Dónde han ido? dijo la mas joven; vamos á ver.

— No, no; guardémoslos de estorbarles.

— Podemos salir juntos sin estorbarles, repuso la verde joven con una sonrisa halagüeña, acompañada de ese signo del dedo que dice tan tiernamente: ¡Venid! — Venid, añadió, viendo que el cazador se quedaba en la cabaña, venid; el valle es bastante espacioso para nosotros.

— Sentémosnos aquí, cerca de la lumbre; la noche es muy lóbrega y hace un frío que hiela.

— ¡La luna brilla tan hermosa sobre la cumbre del Ben! La cascada cae como un torrente de plata líquida; venid, venid.

Sus ojos expresaron entonces tanta impaciencia, que el cazador empezó á creer que había algo de sobrenatural en su llama amorosa.

— Esperemos que vuelva mi amigo, dijo él.

— Será tarde; tengo que partir... Adios, ó venid: vamos, dadme la mano.

— Un momento mas; respondió á una sola pregunta... Mas, silencio... ¡Oís!

Era un grito lejano, y el cazador creyó reconocer en él la voz de su amigo; mas la hermosa desconocida se puso á cantar, y á cantar cada vez mas fuerte para ahogar el eco de ese grito de mal agüero. El cazador asustado reconoce entonces el lazo en que iba á caer, y sucede un frío temor á su ardor imprudente. Invoca á la Vírgen, y cuanto mas unción pone en repetir los versículos de la *Salve*, mas se debilitan los acentos de la misteriosa joven, mas disminuye y se borra su belleza. Sin embargo, no abandona su puesto, continúa sus cantos, fija en el cazador sus tiernas miradas, y cuando apareció el alba matutina, el cazador estaba fatigado, su voz espiraba en sus labios... y felizmente para él, al hacer la última señal de la cruz, vió desvanecerse la mujer seductora, y no oyó mas sus mágicos encantos.

Apenas atravesó las nubes el primer rayo de sol, fué en busca de su amigo... ¡Ay! no encontró mas que un cadáver, y volvió solo á la ciudad, dando gracias al cielo por haber escapado de los abrazos homicidas de las *mujeres verdes*.

Sin embargo, por punto general, los malos genios de los Highlands no temen manifestarse á los montañeses con todo el aparato de sus terrores, y tienden lazos mas bien á su valor que á su amor á los placeres. El demonio del bosque de Glennore, llamado *Llam-Dearg* ó *Mano-Roja*, tiene forma de un guerrero armado de piés á cabeza. Es una especie de caballero que desafía á los que encuentra, y desdichado del atrevido que le acepta y le dice que eche su guante; pues ve una ancha mano roja que empuña una espada cuya hoja ha sido templada en las hornazas del infierno. El choque es terrible; algunos valientes jefes, dignos del valor de sus antepasados, han logrado desarmar á *Llam-Dearg*; mas entonces empieza entre los dos adversarios una lucha cuerpo á cuerpo, cuyo resultado es siempre fatal al vencedor del primer combate, porque si deja á *Llam-Dearg* derribado, él se retira con los miembros magullados por los apretones de la terrible mano roja, y no sobrevive mucho tiempo á su doble victoria.

El cantón de Knoidar está también habitado por un demonio llamado *Glas-Lich*, ó el *Brujo nocturno*. *Glas-Lich* es una gigantea cuyos largos brazos os cogen al pasar, si sois harto atrevido para continuar vuestro camino después de haberla visto, y cuelga por los cabellos al desgraciado que cae en sus manos, del mas alto abeto de Knoidar, á guisa de telégrafo que avisa á los viajeros que vuelvan pié atrás, y se rie cuando los amigos del difunto le compadecen, por haber encon-

trado la muerte de Absalon, persiguiendo á un grajo ó una ardilla de rama en rama.

El lago y el torrente tienen en Escocia sus demonios como el desierto y la selva. La *Mermaid* ó *Sirena* que los naturalistas han confundido sabiamente con la foca ó vaca marina, tiene algunas veces la perfidia de las *mujeres verdes* de Glenfinlas. Seduce con su canto al montañés amante de la música, y le atrae á su gruta de coral y le endormece para siempre en un húmedo sepulcro. A veces la sirena es seducida á su vez: ama con un cariño sincero, y cuando no es correspondida ó es abandonada, maldice, como la antigua Calipso, su odiosa inmortalidad. Mas los lagos de Escocia, surcados hoy día en todas direcciones por barcos de vapor, han ido perdiendo sus sirenas amorosas. Las últimas se han refugiado en el archipiélago de las Hébridas, cerca de las islas de Jona y de Colonsay. Felizmente ha desaparecido con ellas el cruel *kelpie* ó *caballo-demonio* que venía á caracolar graciosamente en la playa, invitando con sus alegres brincos á los niños y á las jóvenes á aventurarse en su grupa, como Europa sobre el toro de Creta, y precipitándose en seguida en el lago ó torrente con sus imprudentes caballeros. El *kelpie* del *loch Tay* se llevó de esta suerte, en 1809, cuatro niños que estaban muy satisfechos de haber domado ese monstruo bucéfalo.

El *spunkie* no es menos temible que el *kelpie*. Él es quien enciende esos falaces resplandores que se deslizan por los pantanos, y persuaden al viajero sorprendido por la noche que se acerca á alguna choza. Burns, en su *oda al diablo*, trata al *spunkie* de mono malévolo (*mischievous monkey*). Este nombre le cuadra admirablemente. Ese duende maligno pertenece igualmente á la alta y á la baja Escocia, y se le encuentra en las dos riberas del Tweed y en todos los países pantanosos. Los ingleses le llaman *jack-with-a-lantern*, los franceses *feu follet*, etc. Existen además en el Ben-Lomond la raza aborrecible de los *Urisks* ó *Silvanos*, especies de sátiros con piernas de macho cabrío como los compañeros de Pan.

Hablaremos con mas respeto del duende familiar y doméstico llamado *Brownie*, el huésped bienhechor de la granja ó de la cabaña, que prefiere la sociedad del montañés á la de sus semejantes. Cuando adopta, digámoslo así, una casa; cuando ha adquirido la costumbre de venir cada noche, cuando el hogar está desierto y las luces apagadas, á calentarse con el resto de calor que exhalan la plancha del hogar ó los tizones apagados, hay que dejarle gozar en paz de este asilo, pues lejos de abusar de esta hospitalidad, se hace luego el amigo invisible del dueño de la casa, y se convierte en desinteresado celador de los establos y de la lechería. Si las criadas descuidan su obligación, *Brownie* arregla los muebles, barre la cocina y el salón, saca de los vasos de leche las moscas que se han anegado en ella, etc. A veces acompaña los corderos al pasto, persigue á los tábanos importunos y desenreda el vellón de las ovejas. Si *Brownie* se permite algunas travesuras, si asusta á alguna criada perezosa, si hace cosquillas con una paja en los labios de algun palurdo que se duerme en el sillón del señor, hace tantos servicios á los amos y á los criados, que se le deben perdonar esos caprichos. *Brownie* es á la vez de la familia de Ariel y de la de Puck.

Las hadas de Escocia tampoco son por lo regular una raza maléfica. Los highlanders y los lowlanders las llaman las *buenas mujeres*. Habitan en las cavernas de los Bens de Perthshire, y aquellos á quienes es dado sorprenderlas en sus danzas pueden formarse una idea del pandemonio de Milton, porque las hadas de Escocia toman de buen grado la talla de los pigmeos para ocupar menos espacio.

Hay tambien dos especies de hadas; *hadas domésticas* y *hadas independientes*: las primeras se hermanan con una familia, y mas gustosas con una familia noble, dejando las cabañas y los cortijos para el rústico *Brownie*. ¡Feliz el clan que se halla protegido de generación en generación por una *benshie!* nombre que dan á esta especie de hadas: todo es gozo y felicidad en su morada y en su tribu. Si amenaza alguna calamidad á su protegido, la *benshie* se lo advierte con un grito de dolor; grito que resuena mucho mas tristemente cuando se trata de una desgracia irreparable, cuando llega la víspera del día en que el jefe debe bajar al sepulcro. A veces esos avisos de una muerte cercana vienen á un jefe por medio del espectro de algun antiguo enemigo. Tal es el *Bhoda Glas* de Mac-Ivor en *Waverley*.

Las hadas independientes forman un reino nómada que tiene sus costumbres, sus instituciones, sus gerarquías. Verdaderas gitanas del mundo maravilloso, las hadas de Escocia reclutan á veces algunos hombres robando niños. Ciertos mortales privilegiados han sido admitidos en su edad madura á las secretas finezas de su reina, y han recibido de ella el don de inmortalidad. Tomás de Elceldoune vive todavía en el *Elfland*, ó país de las hadas (1). Se dice tambien que, por su parte, ciertas hadas independientes han abandonado su ignorado palacio para venir á consolar, por afecto inocente, á las jóvenes perseguidas en su familia. Una de esas hadas habia cobrado íntima amistad á la hermosa Kilmenie, llamada la Rosa del Perthshire. Kilmenie iba todos los días á hacer leña en el hornaguero, mientras

(1) Hará unos cincuenta años que un venerable ministro de las montañas, el doctor Kirby, que habia revelado los secretos de las hadas, fué arrebatado por ellas: se enseña su sepulcro en Aberfoyl, pero aseguran que está vacío. El doctor Kirby se aparece de vez en cuando á sus feligreses.

que sus hermanos, mimados por la preferencia de una madre injusta, pasaban su vida en el ocio y la caza. La hada amiga, queriendo aligerar el penoso trabajo impuesto á su predilecta, la esperaba cada mañana á la entrada del *tourham*, ó colina encantada que le servia de asilo, Kilmenie daba tres golpes en la roca, y veía salir por una pequeña hendedura una manecita que le daba un cuchillo, con el cual recogía en pocos minutos toda la hornaguera que necesitaba. Cuando volvía á su casa, daba dos golpes en la roca, y salía la manecita para volver á tomar el cuchillo. Observando los hermanos de Kilmenie que desempeñaba su tarea sin fatiga, se imaginaron que alguno le ayudaba: en su consecuencia la estuvieron atisbando y descubrieron ese maravilloso socorro; quitáronle el cuchillo de las manos, y tomándole la delantera al volver á la colina, dieron, como ella, dos golpes en la roca; la hada obedeció á la señal, mas los miserables le cortaron la mano con su propio cuchillo. La hada lanzó un grito de dolor, y creyendo que su protegida le habia hecho traicion, no volvió á aparecersele mas.

La numerosa familia de los *gobelinos* escoceses merecería tambien un capítulo por sí sola, si posible fuese hablar de todos los seres sobrenaturales de que ha poblado la crédula Escocia sus montañas y valles solitarios. Hasta las ciudades tienen sus aparecidos, sus espectros y sus fantasmas, como los antiguos castillos y las chozas de los pastores. Hace algunos años se tuvo que cambiar la guarnición de la ciudadela de Edimburgo para desalojar el espectro de un soldado fusilado injustamente, según pretendían sus camaradas. El desgraciado habia encontrado á sus oficiales inexorables ante el consejo de guerra y habia muerto protestando de su inocencia. Su espectro continuó esta protesta despues de su suplicio, hasta que se le dejó libre el campo, pero vivió en buena armonía con el nuevo regimiento.

El espectro escocés tiene de particular que existe antes y despues de la muerte del hombre de quien es *sombra*. Antes de la muerte se llama *wraith*; todo hombre que se *aparece* á sí mismo solo tiene tiempo para ordenar su testamento.

Las apariciones tienen á veces en Escocia un carácter religioso, y hasta el mismo cielo las ha hecho servir para avisar á los reyes y á los pueblos. Si hemos de dar crédito á los cronistas, se vieron en Edimburgo, lo mismo que en Jerusalem, grandes ejércitos batallar en los aires en la víspera de una guerra funesta; y oyéronse atambores y trompetas invisibles dar la señal de una victoria en el día antes de la batalla aciaga. Una de estas apariciones mas justificadas de la historia es la que desgraciadamente no fué parte para que el rey Jacobo IV dejase de ir á hacerse matar en Flodden-Field, supuesto que Jacobo IV haya muerto, pues muchos escoceses pretenden que, como el rey Sebastian de Portugal, fué arrebatado por unos espíritus que le permitirán el día menos pensado volver á continuar su reinado. Se hallaba el rey en el templo de su buena ciudad de Linlithgow, cuando hé aquí que se presenta en la puerta un hombre de unos cincuenta años de edad, atravesada el círculo de los señores y se hace abrir paso con aire de autoridad, declarando que quiere hablar al rey. Iba vestido de un sobretodo ó blusa azul, ceñido al cuerpo con un cinturón blanco, con borceguías en los pies, pero sin sombrero, rizados sus rubios cabellos sobre las espaldas. El rey estaba orando cuando se le acercó aquel hombre sin ceremonia, se inclinó sobre su reclinatorio y le dijo:

— Señor rey, mi madre me envía á vos para avisaros que no vayais adonde queriais ir, pues de lo contrario, lo pasareis mal vos y cuantos vayan con vos.

Desalentado Jacobo por este singular aviso, bajó los ojos como para reflexionar ó recogerse antes de contestar; mas cuando levantó la cabeza, ya el desconocido no estaba allí; ni se supo por dónde habia pasado ni cómo habia desaparecido: todos lo habian visto entrar, salir nadie. Los unos pretendian que era san Andrés, los otros san Juan hablando en nombre de la Virgen madre, y solo hasta nuestros días no ha pretendido la crítica histórica que podia ser muy bien un santo del partido de la reina, esposa de Jacobo, que se oponia mucho á la guerra meditada por su caballeresco esposo; por lo tanto, dice Walter Scott, es necesario elegir entre una impostura ó un milagro.

El rey creyó haber tenido un sueño; sin embargo estaba tan determinado á hacer aquella guerra, que no cedió ni aun á un segundo aviso que le fué dado algun tiempo despues con nueva solemnidad. A media noche, cuando todo Edimburgo dormia, un extraño ruido que se oyó de repente hizo salir á todos los habitantes á las ventanas. Percibióse distintamente un ruido de trompetas, y una voz sonora se puso á recitar, desde lo alto de la cruz de piedra donde se proclamaban las ordenanzas y decretos del reino, un catálogo de los nombres de toda la valiente caballería escocesa, condes, barones, etc., que fueron emplazados á comparecer dentro de cuarenta días ante el tribunal de la muerte. Todos los que vinieron comprendidos en esa extraña proclamación, sucumbieron poco tiempo despues con el rey en el campo de batalla en Flodden, excepto un solo que, oyéndose emplazar de un modo tan extraño, gritó desde su balcon que apelaba á la misericordia de Dios, su salvador.

Solamente en nuestros días se ha dudado de aquella voz sobrenatural, de aquel heraldo de armas infernal, diciendo que era una segunda estratagemata para disuadir á Jacobo de la guerra. Mas no por eso dejan esas tradiciones de hacer parte de las creencias de la Esco-

cia. Si no hubiesen estado en armonía con el genio del pueblo y la fe popular, no se hubieran inventado, ó el que las inventó no hubiera sido creído fácilmente. Los escoceses obedecieron á su rey y marcharon en gran número bajo su estandarte, pero con la triste convicción de que tenían contra sí las potestades del cielo y del abismo. ¿Quién sabe hasta qué punto contribuyó esta convicción á la pérdida de la batalla?

El solemne emplazamiento de la cruz de Edimburgo ha proporcionado á Walter Scott una de las mas bellas páginas de su poema de *Marmion*: las notas de este poema, como las de todas sus obras poéticas, son ricas en anécdotas de hadas, sortilegios y apariciones; siendo en efecto en esas notas donde el novelista poeta ha sacado á luz casi siempre lo maravilloso de sus asuntos, pues hasta en sus composiciones, si recuerda las supersticiosas leyendas de la Escocia, es solo por alusión y como que duda de ellas.

A excepcion de la *Dama blanca en el Monasterio*, excepcion á la verdad poco feliz, se encuentran, tanto en los poemas como en las novelas de Walter Scott, muchos menos espíritus, espectros, fantasmas, hadas y brujas de lo que uno se prometia. Se ha llamado á Walter Scott el mago del Norte (*the wizard of the north*); pero ningun autor ha sido mas parco en móviles extraordinarios, á ninguno le ha repugnado como á él llamar al socorro de sus desenlaces el *Deus interst* de Horacio. Las personas que han disfrutado de su amistad aseguran que el autor de la *Dama del Lago* era secretamente tan supersticioso como el mismo Samuel Johnson, y que temia ridiculizar sus *dioses* exponiéndolos á la publicidad: mas en la conversacion, y sobre todo en un rincón del hogar, Walter Scott amaba sobre todo las antiguas leyendas y las referia con toda la seriedad de un hombre que las cree. Su biblioteca ofrecia tambien ricos tesoros en este género; pasaban de tres mil sus libros ó cuadernos sobre la magia y hechicería. Por el cuidado con que están clasificadas estas obras, y por su encuadernacion original, el extranjero que visita Abbotsford reconoce desde luego en ellos los libros predilectos del castellano. Por el propio motivo, lo que mas amaba, y eso lo repetia á menudo, era la situacion de Abbotsford, por la proximidad de dos lugares inmortalizados por los prodigios de dos famosos nigrománticos, uno de los cuales le habia á lo menos legado su nombre, Tomás de Erceldoune y Miguel Scott. De una parte se ven las cumbres cónicas del Eildon, triplicadas por un solo golpe de varilla; por otra, puentes improvisados en una noche sobre el Tweed por dos ó tres operarios. Miguel Scott tenia á sus órdenes tan crecido número de esos activos operarios, los unos visibles, los otros invisibles, que su mayor embarazo consistia en darles trabajo. Creyendo engañar esa espantosa actividad, les habia mandado un día que construyeran una calzada desde Fortrose hasta Arde, sobre el golfo de Moray. A la mañana siguiente iba á quedar terminada la calzada, y Miguel, que no queria obligar al río ni á la mar á cambiar de lecho, no tuvo otro recurso que mandarla destruir, no quedando ya de ella mas que el cabo de Dortrose, que se llama todavía la calzada de Miguel Scott. Mas entonces los infatigables operarios vinieron á pedirle trabajo, y como no sabia en qué emplearlos, imaginó una estratagemata muy cruel.

— Id, les dijo, á hacerme cuerdas de arena.

Los demonios lo ensayaron, mas fué para ellos la tarea de las Danaides en el infierno clásico, y volvieron á suplicar al mago les dejase añadir un poco de paja á la materia de esa extraña cordería, cuyos vestigios se encuentran todavía en las orillas del golfo de Solivay. Scott se negó á ello, y los demonios se ocupan todavía en su trabajo imposible.

Miguel Scott era uno de esos nigrománticos á los cuales no se les quemaba, y á quienes, hasta los soberanos, consultaban sin que peligrase por esto su fe. Eran los brujos de la ciencia y del genio, que arrancaban sus arcanos á la naturaleza por medio del estudio y del trabajo. La Escocia tuvo despues sus hechiceros y hechiceras por pacto diabólico, que oían á chamusquina, y muchos de los cuales murieron quemados, como lo atestiguan los fastos judiciales de Edimburgo y de Aberdeen. Algunos de estos desgraciados no llegaban siquiera al lugar de la ejecucion: el pueblo los arrancaba de las manos del verdugo para tener el gusto de degollarlos por sí mismos. Tal fué la suerte de la famosa hechicera *Cornfoot*. Algunos de esos hechiceros de parte de Satanás tenían el arte de redimir de vez en cuando sus fealdades y maleficios por medio de algunos servicios. Habia tambien en Escocia hechiceros á quienes era imposible coger, y que mas bien hacian parte del mundo de los espíritus que del mundo material.

(Se concluirá.)

El gran ducado de Luxemburgo.

La lámina que damos en la página siguiente, representa la capital del gran ducado de que tanto se habla en el día. Esta ciudad, que por su fortaleza tiene una importancia estratégica de primer orden, está á siete leguas de Thionville, á catorce de Sarrelouis, y á treinta de Lieja. Cuenta 600 metros de largo sobre 400 de ancho, y contiene una poblacion de 15,000 habitantes, no comprendida la guarnición, que es, en tiempo de paz, de tres á cuatro mil hombres.

La naturaleza y el arte se han tendido la mano para hacer de ella una de las fortalezas mas inexpugnables de la Europa. Su situacion está á 67 metros sobre el nivel del Alzet, que corre á sus piés. Sus obras son verdaderamente gigantescas, muy numerosas, y dispuestas de modo que pueden ofrecer una séria resistencia, sea cual fuere el punto del ataque. Tan complicadas son, que para armarlas en guerra se necesitarian 14 á 15,000 hombres. Las fortificaciones se hallan en este momento en un estado muy satisfactorio.

Uno de los principales medios de defensa de la plaza consiste en un sistema de minas que abraza todas las obras exteriores. Su número es de 443, y se necesitarian 500 quintales de pólvora para determinar la explosion.

Luxemburgo, que cuenta once puertas, es asiento de todas las autoridades y administraciones del país; residencia del gobierno civil y del jefe del clero. Hay en esta ciudad un tribunal de Cuentas y un tribunal de Comercio; tribunales de paz y de primera instancia, y un tribunal superior.

La ciudad de Luxemburgo no ofrece quizá suntuosos monumentos; pero tiene sin embargo edificios muy notables, entre los cuales debemos citar el palacio del Gobierno, las Casas consistoriales, el palacio de Justicia, el palacio del vicario apostólico, la casa curial, el Ateneo y la iglesia de Nuestra Señora, etc.

El Luxemburgo se honra con haber visto nacer á cierto número de hombres célebres, y con haber dado emperadores á la Alemania. En su historia cuenta preladados, sabios, generales, hombres de Estado y condestables.

No anadiremos mas que dos palabras relativamente á las preocupaciones actuales. La Prusia, lejos de ser popular, está profundamente aborrecida entre la poblacion de Luxemburgo. Es inútil insistir sobre este punto, toda vez que esta aversion ha sido públicamente confesada por M. de Bismark en la tribuna del parlamento alemán.

L. C.]

Nuevo mapa de la Prusia.

El nuevo mapa de la Prusia que aquí publicamos, ha sido grabado especialmente para nuestro periódico. Este mapa comprende el cuadro completo de todas las anexiones realizadas por la Prusia desde hace dos años.

El antiguo reino de Prusia no comprendía mas de 19 millones de habitantes.

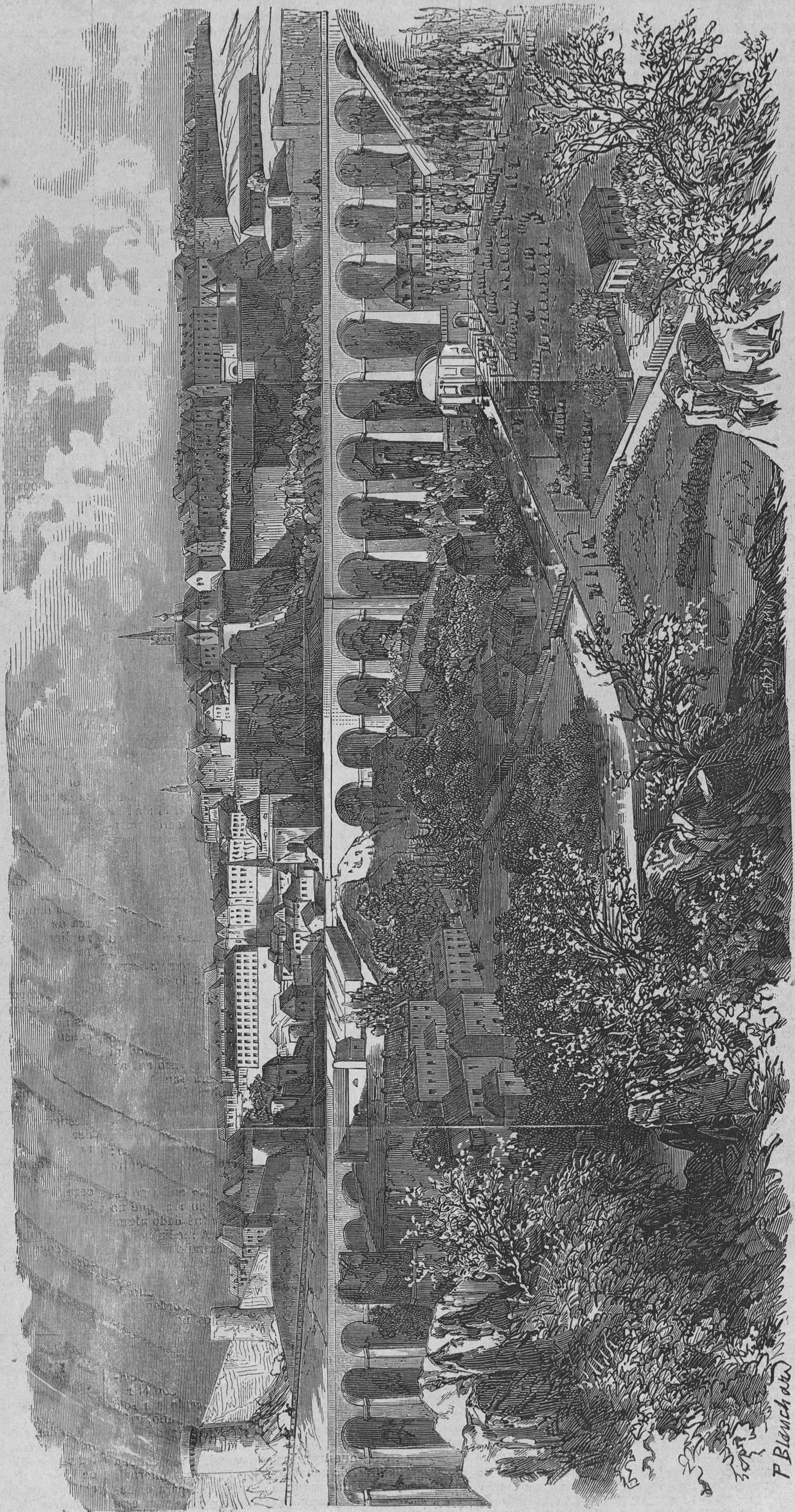
El ducado de Luxemburgo, así como las anexiones consumadas á consecuencia de la guerra, y que comprenden el reino de Hanover, el Schleswig, el Holstein, la Hesse electoral, el Nassau, la provincia de la Hesse superior, Francfort y el condado de Hesse-Homburgo, han aumentado la poblacion del reino con mas de 4 millones de habitantes.

Pero hay mas aun: la constitucion de la Confederacion de la Alemania del Norte, pone aun á las órdenes de la Prusia otras veinte soberanías alemanas.

Estas soberanías confederadas, que no forman mas que un todo dependiente del gobierno de Berlin, han aumentado todavia las fuerzas de la Prusia con seis millones de habitantes, lo que da en realidad á la Prusia una poblacion de 29.216,531 habitantes.

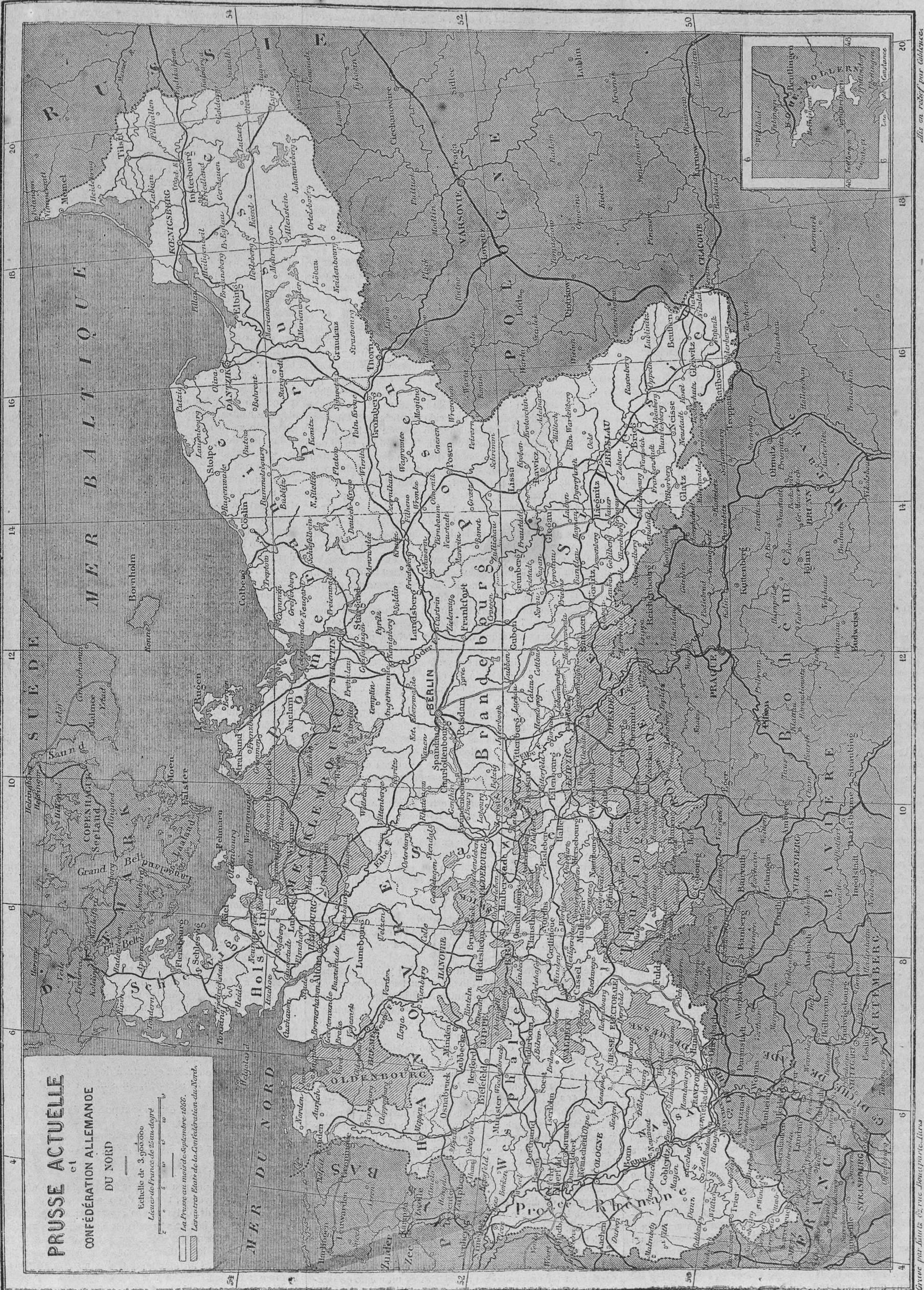
Finalmente, anadiremos que la publicacion de los tres tratados con la Baviera, el gran ducado de Baden y el Wurtemberg, hace ascender á mas de 38 millones de habitantes las fuerzas que la Prusia tiene hoy á su disposicion. Ahora bien, la conducta de M. de Bismark en el Luxemburgo nos prueba superabundantemente que la Prusia no se da por satisfecha todavia.

II. V.



Ciudad y fortaleza de Luxemburgo, vista tomada del peñon de Mansfield.

P. Blanchard



Atlas en relief par distances.

Grave par Gauck & Co. rue Saint-pierre. Ultra.

Revista de Paris.

Van pasando días y la colocación de los productos en el palacio de la Exposición universal no se concluye. La gente ha tomado el partido de visitar lo que hay expuesto, pensando que será muy largo el esperar á que todo esté terminado. Parécenos que esta resolución es muy prudente, primero porque lo que se halla ya visible basta y sobra para entretener la curiosidad durante muchos días, y segundo porque al paso que van ciertas naciones no acabarán su obra en breve tiempo. Por ejemplo, cuando se atraviesa el departamento prusiano, se ven cajas recién llegadas esparcidas por el suelo herméticamente cerradas y con el sobre á los comisarios especiales. Como en la actualidad todo lo relativo á Prusia es cuestión palpitante ó incandescente, este descuido es objeto de muchos comentarios. Sin embargo, hay muchos objetos expuestos, y se sabe que los primeros envíos de la Prusia han sido de fusiles, con mas la estatua del rey Federico Guillermo.

El Austria ha demostrado intenciones mas pacíficas: su colección de vinos es asombrosa, segun dicen los inteligentes. La masa del público admira un inmenso tonel artísticamente esculpido y lleno de tokay legitimo. La España y las repúblicas de la América del Sur van adelantando en la exhibición de sus respectivos productos.

En cuanto á las obras del parque, el atraso es mas considerable todavía. Apenas se encuentran visibles el establecimiento de Túnez, donde se toma café al estilo moruno, y las grandes instalaciones de la Rusia. En suma, si se nos preguntara cuándo estará lista la Exposición, nos atreveríamos á decir que no lo estará antes del mes de julio.

Esto no obsta, como hemos dicho ya, para que el número de visitantes sea crecido. La semana última ha llegado á Paris el rey de los belgas, que es uno de los mas asiduos. Segun los diarios franceses vamos á tener aqui este verano á la mayor parte de los soberanos europeos; mas no porque se haya echado á volar esta noticia se ha de creer como una cosa auténtica. El estado actual de la Europa no es el mas á propósito para que los monarcas emprendan viajes de recreo. No obstante, la maravillosa Exposición de 1867 merece ciertamente que se tomen el trabajo de venir á verla hasta los soberanos.

Del palacio del Campo de Marte vamos á trasladarnos al Instituto, donde ha tenido lugar en la semana última el acto solemne de la recepción de M. Cuvillier-Fleury como miembro de la Academia francesa. M. Cuvillier-Fleury será en la ilustre corporación el representante de la crítica contemporánea. Hombre de juicio recto, y elegante en el decir, se ha adquirido una grande autoridad en materia de crítica literaria. Así es que su discurso sobre M. Dupin, que es el académico á quien reemplaza, se oyó y se ha leído con un interés sumo. Este discurso es un excelente estudio sobre la vida pública de M. Dupin, considerado bajo el doble aspecto de jurisconsulto eminente y de hombre considerable en la política. Su retrato se encuentra trazado en estas líneas:

« M. Dupin ha tenido casi constantemente la originalidad, en el último reinado, de ser un asiduo servidor de los grandes intereses de la época, y de repetir sin cesar que la política no le atraía. ¿Qué quería decir con esto? ¿Que se apoderaba de él por la fuerza? Todo hombre pertenece á su vocación, y la de M. Dupin no era dudosa. Si el gobierno parlamentario no fuese en el siglo XIX el gobierno necesario, habria sido preciso inventarle para él. Orador, diputado, presidente, procurador general, consejero privado de un rey, miembro de dos Academias, y además, alcalde de su pueblo, yo admiro verdaderamente á M. Dupin cuando nos decía: « La vida política era contraria á mis gustos, á mis costumbres estudiosas, á la vida mas libre y dichosa del foro, de la biblioteca y del gabinete. » Cuando escribía estas bucólicas en honor de la vida privada, M. Dupin tenía ciertamente lo que llamo yo la sinceridad del momento; verdad es que le contrariaban mucho los ataques de los partidos contra su independencia natural. No comprendía que ningun hombre perteneciese á un partido cualquiera, ni aun al mejor. « Yo soy conservador, decía; pero no soy del partido conservador. » Con efecto, aunque estaba mezclado en el torbellino mas ardiente de los negocios, se le veía hombre muy sociable, partidario inquieto y solitario tratando de proporcionarse en aquel gran tumulto la ilusión de la soledad. A esto añadiré que ha tenido el mérito, encontrándose solo por el carácter, de ser siempre por sus opiniones el orador de un partido numeroso. »

M. Cuvillier Fleury continúa seguidamente la relación de la vida política de M. Dupin, expone su entrada en el número de los servidores del imperio, enumera los altos cargos de que ha sido investido, y sus rasgos memorables en la presidencia de la Asamblea legislativa. Aquí encontramos una anécdota digna de ser citada. M. Dupin opuso siempre una resistencia tenaz á todo lo que podía rebajar el régimen parlamentario.

« El legista, dice M. Cuvillier-Fleury, resistía con el reglamento en la mano, y el hombre de corazón apelaba á veces á la espontaneidad de sus réplicas. Una vez que un orador de la montaña comenzaba así un discurso: « Dos hombres ilustres, Saint-Just y Robespierre, » el presidente le interrumpió diciéndole: « Dos tunantes. » De repente sobreviene una tempestad; los truenos cubren el ruido de las

interrupciones que se cruzan en todos los bancos. Los diputados gritan que se espere á que haya silencio, y el estrépito de la tormenta no cede. « Me es imposible hacer callar á ese interruptor, dice M. Dupin, ni llamarle al orden. » La risa general calmó la borrasca parlamentaria. »

El nuevo académico concluye su discurso diciendo que M. Dupin ha dejado uno de los nombres mas célebres de Francia en la vida pública.

M. Nisard, que contestó á M. Cuvillier-Fleury, leyó un ingenioso discurso, en el que despues de hacer el elogio del nuevo académico insistió largamente en el del difunto. En suma, la sesión fué memorable y la brillante concurrencia que asistió á ella prodigó abundantemente los aplausos.

Tratemos ahora de otro asunto que es en alto grado interesante.

Acaba de discutirse en el Senado francés una cuestión gravísima que excita el mas profundo y doloroso interés. Entre las peticiones de que se ha ocupado esta asamblea, figura una del doctor Brochard relativa á la mortandad de los niños en Francia, mortandad que ha llegado á tomar espantosas proporciones. M. Amadeo Thayer, que fué el encargado del dictamen sobre esta petición, hizo varias revelaciones, de las cuales resulta que todos los años se encargan á nodrizas 15 á 18,000 niños de Paris, y la mortandad de estos niños es de 29, 35 y 42 por 100. El doctor Brochard pide que todas las criaturas sean vigiladas del mismo modo que las que están colocadas por la oficina central de las nodrizas, que las oficinas subalternas estén sujetas á la misma vigilancia que la oficina central, y por último, que se registren rigurosamente las defunciones de los niños encargados á nodrizas.

M. Thayer expone por otra parte que los poderes públicos han tratado en todas épocas de remediar este mal, pero que sus laudables esfuerzos han sido insuficientes. En efecto, la administración no ha dispuesto siempre de las atribuciones necesarias para hacer cumplir lo mandado en el decreto de 1842. Sucede á menudo que los niños se convierten en objeto de comercio, que hay nodrizas que ocultan la muerte de los niños para seguir cobrando el salario de los padres, que falsifican las fes de bautismo de sus propios hijos para presentarse como nodrizas de tiempo mas reciente, que llegan hasta el punto de abandonar niños moribundos para venir á Paris en busca de otros, que engañan á los padres sobre el número de niños que tienen á su cuidado, y por último, que se entregan á toda clase de fraudes contra la salud de las desdichadas criaturas. La conclusión de este dictamen era que debía enviarse al ministro del Interior la petición del doctor Brochard.

Su Excelencia el cardenal Donnet tomó la palabra en el debate y empezó diciendo que de acuerdo con la Academia de ciencias, creía que la cuestión tratada por el doctor Brochard en una Memoria que ha sido premiada por el Instituto, es de suma importancia y ofrece un interés urgente.

En este trabajo, continuó, se citan los hechos mas desconsoladores. « El cementerio de mi pueblo está empedrado de niños parisienses, » decía un alcalde de Eure y Loire citado por M. Brochard; y el señor cardenal añade que esta denuncia podía aplicarse á un crecido número de localidades, como lo patentizan las revelaciones hechas recientemente en la Academia de Medicina.

Con efecto, las condiciones en que se coloca á las infelices criaturas confiadas á las nodrizas estremecen: los niños son criados al biberon, de cuyo modo una sola persona puede recibir cuatro ó cinco. Además, estos niños se entregan á mujeres que en su mayor parte no merecen confianza alguna, y no ofrecen la menor garantía.

Dice el cardenal Donnet que en una diócesis inmediata á la suya, se colocaron cinco niños en casa de una mujer de sesenta y siete años, que acababa de salir de la cárcel, y todos murieron en el espacio de una semana. Es un tráfico infame.

De veinte mil niños que, segun cálculos, Paris confía á nodrizas, quince mil fallecen víctimas del hambre, de la miseria ó por otras tristes causas. Solo el ver á esos niños en el momento de partir, acumulados en malos carros, hace estremecer.

¡ Hé aquí el sentimiento de la paternidad y de la maternidad tal como ciertas gentes lo entienden! Pues importa observar con el suplicante, que entre las criaturas confiadas á nodrizas, se comprenden las entregadas por sus padres á otras madres valiéndose para ello de los establecimientos de nodrizas de Paris, pero no los expósitos.

Estos últimos se crían en el campo adonde los envía el « Establecimiento principal » que depende de la administración de asistencia pública; y la estadística demuestra que la cifra de defunciones respecto de esos niños no excede del 17 por 100, al paso que tocante á los confiados á los establecimientos particulares de Paris, llega hasta á 42 por 100.

Añádase á esto que el número de niños nacidos en Paris y dados á nodriza fuera de la capital, forma á lo mas la décima parte de los criados por nodriza en los alrededores de las grandes ciudades, y por lo tanto puede afirmarse que cada año mueren en Francia cien mil criaturas por falta de cuidados y de vigilancia. Esto es horroroso, pero es una verdad sacada de datos oficiales.

Luego hay otras condiciones que afectan á la vez á la moral y á la religion, y tambien en este punto, añade el cardenal Donnet, son muy fundadas las observaciones del doctor Brochard.

Dice M. Brochard que para muchas madres jóvenes, el confiar un recién nacido á una nodriza es un medio de quedarse libre. Sin reparar en lo que hacen, los colocan en casa

de una mujer sobre la cual no han tomado el menor informe, y así matan á sus hijos sin temor de los tribunales. Es un infanticidio encubierto, friamente premeditado, y ejecutado con tanta lentitud como seguridad.

La supresión de los tornos y la falta de estados formales de las defunciones de las criaturas confiadas á nodrizas en el campo, producen el doble resultado de permitir á la mala madre premeditar la muerte de su hijo, y de impedir á la justicia humana castigar los infanticidios.

« Hora es ya de poner remedio al mal por medio de medidas reparadoras, dice en conclusion el cardenal Donnet. Por do quiera se piden brazos vigorosos para la agricultura y brazos mas vigorosos aun para los campos de batalla; pero ¿ de dónde ha de sacar Francia la gente que para ello necesita? La Iglesia tiene derecho á expresar el dolor que esto le produce, valiéndose de la predicación de sus jefes, y órgano suyo soy en este momento en la mas augusta asamblea del Estado. »

« La Iglesia cree que el mal que se lamenta tiene muchas raíces en el santuario de la familia, en donde con tanta parsimonia se respetan los derechos de la existencia, y que es preciso impedir que alcance á los que son la esperanza de la agricultura, poniéndoles á cubierto de una muerte cierta á consecuencia de ese desorden desconocido en aquellos tiempos en realidad cristianos y franceses, en que las madres consideraban un deber y un honor el lactar á sus hijos. »

« Ya que aplaudimos la creación de sociedades protectoras de los animales, alentemos á la sociedad protectora de la infancia, para que pueda cumplir con su noble tarea, y obtener el buen éxito de que es digna. »

« Yo pido pues, que se llame la atención del ministro del Interior acerca de este asunto, y que al mismo tiempo se proceda á hacer las oportunas averiguaciones en todos los departamentos, echando principalmente mano para ello del elemento médico. »

En vista de estas observaciones, el Senado decidió poner en conocimiento del ministro del Interior la petición del doctor Brochard.

Hé aquí para concluir algunas noticias musicales.

Un aviso de la comisión imperial de la Exposición de 1867 eleva á conocimiento de los interesados que el llamamiento dirigido á todos los compositores franceses y extranjeros no tiene por objeto una clasificación por orden de mérito, sino la elección de una obra única en cada uno de los dos géneros designados en la decision del 18 de febrero del año corriente; que no debiéndose ejecutar mas piezas que una cantata y un himno, el comité ha resuelto que no se otorgarán tanto á los músicos como á los poetas mas que dos premios, á saber: el uno por la *Cantata de la Exposición*, y el otro por el *Himno á la Paz*. Además dice tambien que la suma de 10,000 francos atribuida á la obra que se juzgue digna de figurar en lo sucesivo en las solemnidades internacionales, será dividida por mitad entre el poeta y el compositor. Los autores de la *Cantata de la Exposición* recibirán pues cada uno una medalla de oro del valor de 1,000 francos, é igual cantidad los del *Himno á la Paz*, con mas cada uno 5,000 francos en dinero.

El general Mellinet, presidente del comité de las charangas y las músicas de armonía y los miembros del comité, acaban de publicar el reglamento de los festivales y concursos internacionales de músicas civiles. Hé aquí el resumen del programa:

El 14 de julio de 1867 habrá en la nave del palacio de la Industria en los Campos Eliseos, un festival de músicas civiles, en el que tomarán parte todas las bandas de música admitidas por el comité.

Se tocarán diez piezas arregladas expresamente para esta solemnidad, cinco de ellas destinadas á las charangas y músicas de armonía segun el antiguo diapason, y las restantes arregladas al nuevo.

Cada sociedad presente en el festival recibirá una medalla conmemorativa.

Habrán dos concursos, el uno divisionario y el otro de grandes premios, divididos en dos secciones, la primera para las charangas, y la segunda para las músicas de armonía.

Las recompensas consistirán en medallas de oro y plata, y los grandes premios estarán representados por medallas de 4,000 á 500 francos cada uno.

Compondrán los jurados las principales notabilidades musicales de Francia y del extranjero.

A mayor abundamiento, el 21 de julio de 1867 habrá tambien en el mismo palacio de la Industria un concurso de los grandes premios de las músicas militares de los diferentes Estados de la Europa.

Cada cuerpo de música ejecutará dos piezas, la primera á su elección, y la segunda, la sinfonia de *Oberon*, de Weber.

Tambien este jurado estará compuesto de notabilidades francesas y extranjeras.

Los premios concedidos serán cuatro, consistentes en cuatro medallas de 5,000, 3,000, 2,000 y 1,000 francos cada una.

Pasemos á los teatros.

El Italiano, á punto ya de cerrar sus puertas, no obstante la Exposición universal, nos ha dado á conocer una ópera bufa en tres actos, del maestro Fioravanti, titulada *Columella*, que hace años ya se cantó en Venecia, en Nápoles y en Roma, sin haberse podido hacer de repertorio. A la verdad, el juicio de los italianos sobre esta partitura es muy fundado. Nada mas insignificante que el libretto, ni mas pobre que la música.

Se trata de una novia arrebatada por un hermano á otro

hermano. El desposeído pierde la razón; pero llegado al tercer acto, la recobra, y se casa con su prometida. Entonces le dicen que ha tenido un sueño, y también se reconcilia con su hermano.

El consejero del seductor, que es Columella, ha tenido un castigo muy adecuado a su perfidia; le han quitado su novia, mas en lugar de volverse loco, se contenta con insultar a su amigo en un lenguaje que choca sobremanera a los oídos poco al corriente de las lindezas del dialecto napolitano.

La música se compone de una bonita colección de reminiscencias y vulgaridades. Quizá es la única ópera en que no se encuentra una sola pieza verdaderamente digna de ser citada. En el acto segundo hay una escena de locos que cantan un fragmento de la *Semiramis* a modo de cencerada: es imposible imaginar nada de un efecto tan desagradable. Y sin embargo, el público pidió su repetición: si no fué burla, el caso daría lugar a serias reflexiones. Por último, la ejecución de obra tan inferior no podía ser notable, no obstante el talento de la States en el papel de Elisa, y de Scalese en el de Columella.

MARIANO URRABIETA.

Poesías.

RAZON Y SENTIMIENTO.

— No estallas, corazón, dentro del pecho,
Que aun del tiempo los diques de diamante
No sé si por despecho,
Sostiene tu vivir no satisfecho
Para hacerte justicia en un instante.

Un instante no mas, dobla la frente
De altivo roble que su copa erguia
Asaz indiferente,
Agitando sus ramas muellemente
Al rebramar de tempestad bravía.

¿Qué fué de los colosos monumentos
Que altiva Grecia, y orgullosa Roma
Alzaron sus cimientos
Para rivalizar en sus intentos,
Cuyos vestigios, sobre el polvo asoma?

¡Escombros son! porque el poder humano
Soberbio sube, y luego se derrumba,
Viendo su anhelo vano,
Que en vez de un obelisco soberano,
Suele insensato alzar su propia tumba.

¡Corazón, corazón! si ora te alcanza
La bárbara injusticia que te agobia,
¿No has visto la bonanza
Al naufrago volverle la esperanza,
Perdida para siempre en su memoria.

Cierto que á veces tu dolor no advierte
Cuando sin fuerzas ya constante lucha,
Que hay un poder mas fuerte
Que destroza los lazos de la muerte,
Y la plegaria del paciente escucha.

Bien sé que á la razón del sentimiento
Subyuga de continuo y enmudece...
Que el tirano violento,
Sabe cambiar hipócrita su acento,
Y en secreto su víctima escarnece.

No te apene el triunfo del malvado,
Que es en el poder falaz, de Dios maldito:
Y en un tiempo marcado,
A una ley infalible sujetado,
Verá gimiendo su anatema escrito.

Rige un alto misterio la existencia
Que el mortal obcecado desconoce:
Si es el dolo su ciencia,
El gusano roedor de la conciencia
Viene después á triturar su goce.

El tiempo... tardo á veces, al fin llega,
Y estremece patente á los imperios:
Al delincuente entrega,
Y en piélagos sin límites navega
Acercando entre sí los hemisferios.

¡Aun gimes, corazón! no convencido;
¿Mi profética voz no te avasalla?
Del polvo del olvido
Surge también el fuego esclarecido
Que acrisola el valor que sufre y calla.

¡Alienta!... que el misterio te rodea...
Hay un poder inmenso é invisible,
Cuya creadora idea,
Cuando justicia el infeliz desea,
Al Tiempo otorga su nivel temible.

ANGELA MAZZINI.

A un arroyo seco.

¡Qué triste soledad! ¿Dónde está el ruido
Que formaba tu linfa bullidora
En el banco de arena estremecido,
Arroyuelo infeliz? ¿Ya ni un gemido
Se oye en tu seno murmurar ahora!

Un tiempo fué de mágica ventura,
En que pasabas con vaiven sereno
Por campos alfombrados de verdura,
Rompiendo tu raudal en la espesura
De selva virgen el inculto seno.

Entonces visitaban tu corriente
Albas palomas de purpúreo pico.
Perlas regaba tu cristal luciente
Y en sus diáfanos ondas el ambiente
Iba flotando de perfumes rico.

Y vistas en tu margen cariñosa
Zumbar de abejas el dichoso enjambre,
Tocar tu linfa la naciente rosa
Y llevar una gota temblorosa
Del crespó seno en el dorado estambre.

¡Ay! que todo acabó con el encanto
De tu corriente deliciosa y pura;
Ni un hilo resta de tu dulce llanto,
Tu largo cauce se ha secado tanto
Que semeja una triste sepultura.

¿Dónde están tus suavísimos rumores,
Y el corto césped de tu verde suelo,
Y tantas varias y galanas flores
Que ostentaban magníficos colores
En follaje de rico terciopelo?

Vuelve un momento los cegados ojos
A tu antes verde, floreciente orilla:
Ya en vez de lirios y claveles rojos
Asoma en melancólicos abrojos
Alguna entristecida maravilla.

¡Qué amarga soledad! Huye indecisa
De tí el ave fugaz torciendo el vuelo,
Lejos murmura la pausada brisa,
Te niega el alba su primer sonrisa
Y callas de dolor, pobre arroyuelo.

Y aquella de la tarde aura risueña
Que tantos besos regaló á tu frente,
Cuando rodaba tersa y halagüeña,
Hoy pasa por tu lado y te desdenea
Con giro desigual á indiferente.

Lamenta, arroyo, tus amargos daños;
Lloralos con pesar, y no te asombre
El cambio doloroso de los años;
¡Que los que sufres, tristes desengaños,
Llegan también al corazón del hombre!

JULIA PEREZ MONTES DE OCA.

Cantares.

Las estrellas del cielo
Quise una noche contar,
Pero no conté tus ojos
Y salió la cuenta mal.

Ayer, cogiendo azucenas,
Fuimos los dos por el prado:
¡Ay, cuántas veces tomé
Por azucenas tus manos!

Cuando dos se quieren bien
No necesitan palabras.
¿Cómo ha de decir la lengua
Lo que dice una mirada?

Llorando amores perdidos
Te ví, niña, en la ribera.
Ibas recogiendo conchas,
Yo fui recogiendo perlas.

Por un amante dichoso
Ayer doblaban campanas.
¡Qué triste será morir
Cuando vive la esperanza!

CONSTANTINO GIL.

El colibrí.

COMPOSICION ORIGINAL.

Con pluma de oro y rubí
Que al rojo sol reverbera,
Cruza la hermosa pradera
El voluble colibrí:

Si de una flor gusta aquí,
La ambrosía lisonjera,
Hacia otra flor hechicera
Funde el ala carmesí.

¡Oh, venturosa avecilla,
Genio de la dulce Flora,
Cuánto versátil, sencilla!

¡Oh cómo al alma enamora
Tu pluma linda que brilla
Con los tintes de la aurora.

JUAN JOSÉ I. RODRIGUEZ.

Los jefes de la insurrección cretense.

Entre los jefes de los insurrectos cretenses, hay unos que han llegado del continente para combatir con los defensores de la independencia nacional, y otros que pertenecen á la población de la isla.

En las filas de los primeros figura el anciano espartaco Petropoulakis, capitán de los voluntarios lacedemonios, que el *Panhellenion* desembarcó en Creta, y que una curiosísima fotografía representa á la sombra de una bandera, rodeado de soldados, entre su secretario y su teniente. Su fisonomía franca y marcial previene en su favor.

El oficial que mandaba en Arkadi, Dimakopoulos, nació también entre los espartacos, que me han dispensado una acogida que tanto agradezco. Nadie ha demostrado mas ardor en defensa de la patria, que los hijos de la helicosa Laconia. La Maina, comarca habitada por rudos montañeses, se señaló principalmente en aquella lucha que duró tantos años, y en la cual se vió á la Europa, el Asia y el Africa, musulmanas conjuradas contra un puñado de hombres decididos á perecer ó á resucitar el gran nombre de la Grecia. Dimakopoulos, que habia dado su dimisión del grado de oficial helénico, era digno de pertenecer á Esparta. Después de haber defendido la plaza valerosamente, pereció con un crecido número de turcos en la catástrofe que terminó el sitio.

Su heroica muerte atestigua suficientemente la perseverante influencia de las gloriosas tradiciones que la antigua Grecia ha legado á sus hijos. Todo heleno, aun los menos instruidos, tiene sin cesar en la boca los mágicos nombres de los hombres que se inmortalizaron en la guerra médica. Les gusta repetir á los soldados «asiáticos» del padishah, que parece un heredero del déspota de la Persia, las breves y firmes respuestas que daban Leonidas y sus compañeros para desafiar el poder formidable del «rey de reyes.»

La lucha de las religiones no era extraña al encarnizamiento de las guerras antiguas. Los persas, llamados con tanta razón «los puritanos del paganismo,» saqueaban los templos y quemaban los simulacros de los «dioses inmortales.» Los otomanos, que detestan aun mas que los adoradores de Ormuz (Shura Mazda) los símbolos religiosos, irritan naturalmente á los cristianos por su desprecio á las imágenes de la Panaghia (la Virgen) y de los santos. El padre Gabriel, ligumeno (superior) del convento de Arkadi, que prendió fuego á la pólvora,



M. L. Geogadris, secretario del gobierno provisional de Creta.

es uno de esos miembros del clero helénico que se encuentran en todas las batallas dadas por la Grecia, entusiastas que, al combatir á los dominadores extranjeros, quieren vengar á la vez la religion y la patria.

Constantino Tirtiris forma parte de la falange de estos jefes cretenses que perpetúan los viriles hábitos de isleños tan celosos de su independencia, que puede decirse de ellos lo que se dice de los albaneses: «Vencerlos no es imposible, pero jamás se logra someterlos.» Sé que ciertas gentes consideran este carácter indómito como un gran defecto, y que piensan que la «turbulencia» es un crimen indigno de perdon. Sin embargo, es preciso apreciar con mas filosofía. Todo hombre imparcial echa de ver que los individuos tienen siempre los defectos correspondientes á sus cualidades.

Esta reflexion que Bayle hacia á propósito del intrépido Enrique IV, debe aplicarse, segun creo yo, á los cretenses. Es cierto que son poco dóciles; pero si fueran mas apacibles, no tendrían en respeto desde hace muchos



Dimakopoulos, el comandante muerto en el convento de Arcadion.

meses, y sufriendo terribles privaciones, á todas las fuerzas de un grande imperio.

Gracias á su energia, los turcos no han intentado nada despues del combate de San-Miron. Todo se ha limitado á algunas escaramuzas en los distritos de Rethymne y de Heraclion.

DORA D'ISTRIA.

Correspondencia de Creta.

Atenas 28 de marzo.

Mis apreciaciones se confirman, pues no solo la insurreccion de Creta no está comprimida, sino que el movimiento helénico se desarrolla y se extiende en todos los puntos.

Los avisos que recibo de Constantinopla están conformes con los hechos que ocurren en mi derredor, y la conducta del gobierno turco demuestra cuánto le alarma el giro que toman los acontecimientos.

Hé aquí lo que me dicen de Constantinopla:

El comisario imperial Mustafá-bajá ha vuelto de Creta. Los representantes de Francia, Prusia, Austria é Italia apremian colectivamente á la Puerta

para que concluya un armisticio con los candiotas, y consulte á la poblacion cristiana para saber si desea la autonomia ó la anexion á la Grecia.

El embajador inglés, que obra por separado, recomienda á la Puerta que conceda la autonomia á los candiotas. La Puerta rechaza por ahora ambas proposiciones; pero es de creer que consentiria en la autonomia.

Se envian grandes refuerzos á las fronteras de Grecia, y se temen desórdenes. Omer-bajá tomará el mando en jefe. Veinte mil hombres de la militia turca han sido llamados á las filas. Se teme que se turbe la tranquilidad en Constantinopla. La exportacion de armas ha sido prohibida.

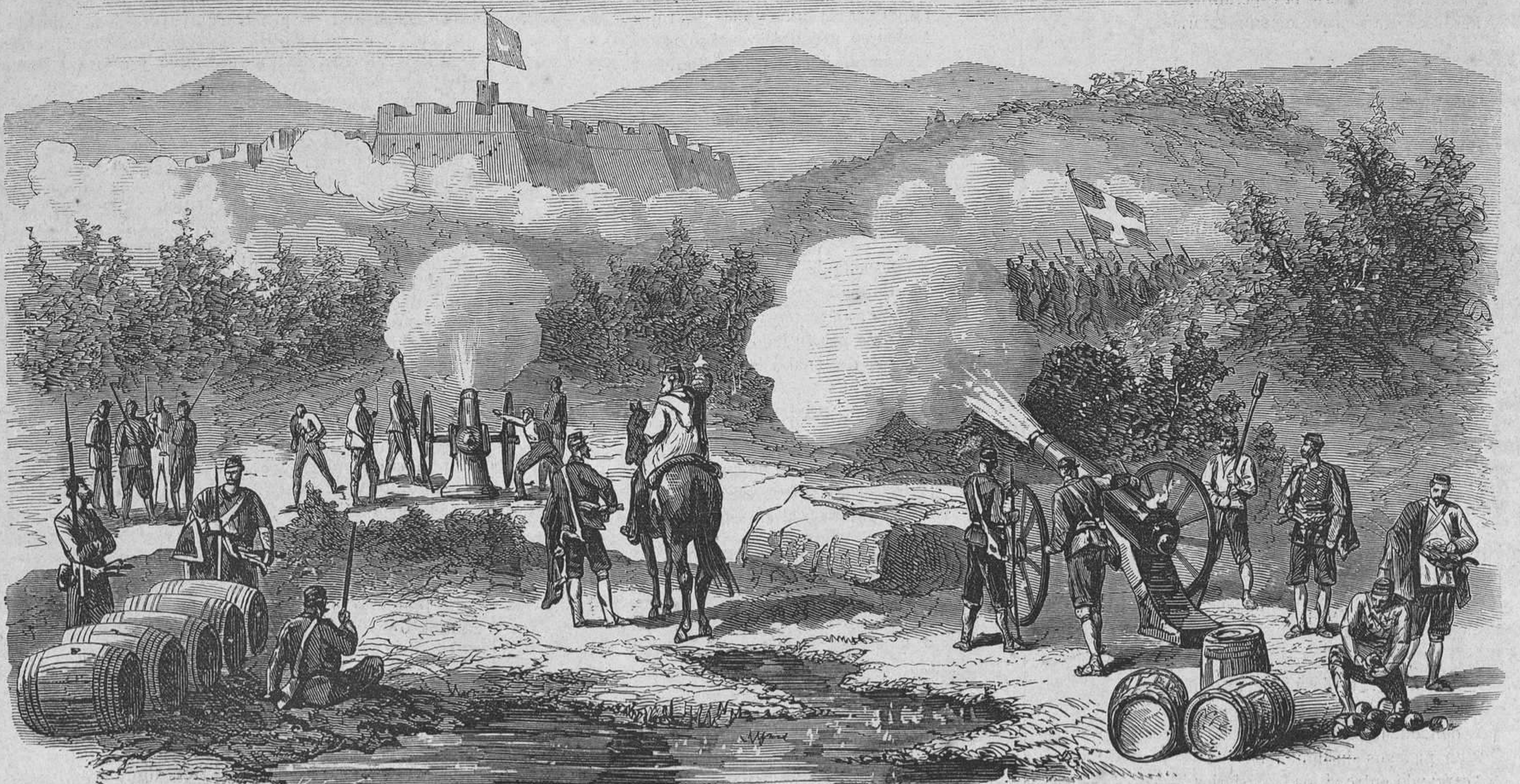
La intervencion de Omer-bajá en los asuntos de Creta, prueba á qué extremo se ve reducido el gobierno de la Puerta.

Es de esperar que dentro de muy poco se recibirán graves noticias. Entre tanto con esta correspondencia envio el retrato de L. Geogadris, secretario del gobierno provisional de Creta, y un diseño del sitio de Castel-Skiphos ó Castel-Ameri por los insurrectos, el 19 de enero último. El ataque fué muy vigoroso; los insurrectos permanecieron delante del castillo. Desgraciadamente un proyectil cayó en el polvorin y le hizo saltar causando grandes destrozos: este accidente hizo abandonar el sitio.

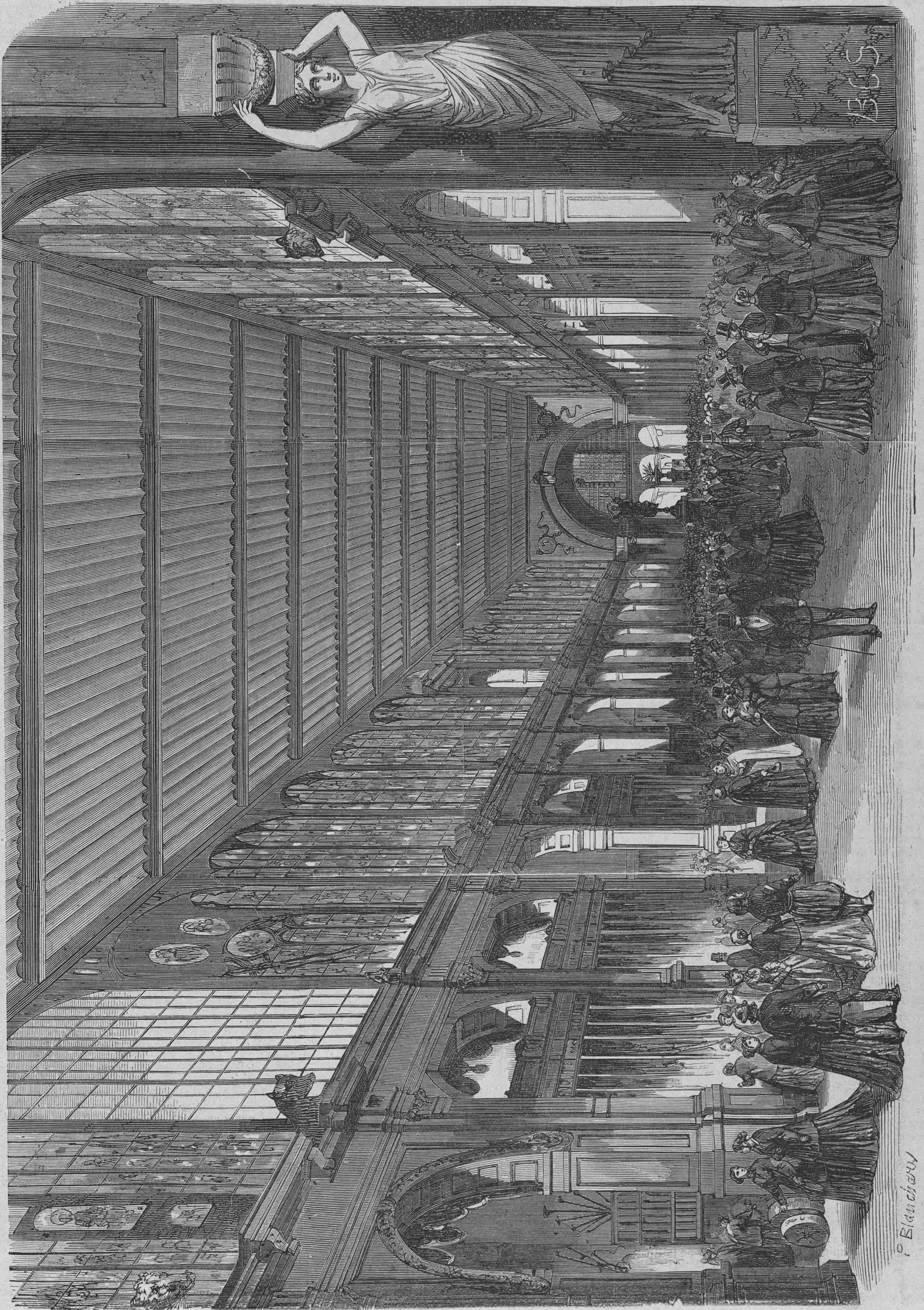
L. M.



Constantino Tirtiris, jefe indígena cretense.



Sitio de Castel-Skiphos.



EXPOSICION UNIVERSAL DE 1867. — El vestíbulo principal.

P. Blanchard

Exposicion universal de 1867.

LAS MÁQUINAS.

Motores, generadores y aparatos mecánicos, especialmente destinados á las necesidades de la Exposicion; servicio mecánico, ventilacion, manutencion.

SERVICIO MECÁNICO.

La galería asignada al grupo VI: INSTRUMENTOS Y PROCEDIMIENTOS USUALES, difiere esencialmente de las otras ocho. De 1,200 metros de largo, con 22 de altura y 35 de ancho, forma en el monumento una especie de cinturón, en el cual han venido á instalarse las máquinas é instrumentos destinados á representar los aparatos de la industria del mundo entero. Ahora bien, como es difícil, si no imposible, apreciar el mecanismo de una máquina y los progresos realizados por ella, si está inmóvil, la comision ha decidido que se daría el movimiento gratis á los aparatos expuestos. La forma circular adoptada para las galerías, y la determinacion de no separar de la clase y seccion á que pertenecen los aparatos destinados á funcionar, se oponia á que se pidiera el movimiento por via de trasmision á un centro único de fuerza, y bajo este concepto, la comision imperial ha dividido en 15 lotes correspondientes á las necesidades de las diversas naciones ó de las diversas clases de una misma nacion, el servicio mecánico de la galería, confiando la instalacion y organizacion de la fuerza exigida para cada lote á doce constructores que recibian al mismo tiempo el título de expositores. De este modo se ha logrado distribuir vida y movimiento á todos los móviles de la inmensa galería, sin tener que recurrir á trasmisiones poligonales y conservando la posibilidad de detener una parte de las máquinas en movimiento, sin modificar la marcha del conjunto de los aparatos expuestos. Además, la comision decidió que la accion del motor seria comunicada á los aparatos expuestos por una trasmision aérea, porque se prestaba naturalmente á la ereccion de una plataforma central que da vuelta á la galería cuyo eje ocupa, y que proporciona al público la facultad de circular por encima de las máquinas andando y abrazar de una ojeada el gran espectáculo de esta actividad inmensa. Esta trasmision se compone de dos árboles paralelos, distantes 4^m,71 uno de otro, y sostenidos á 4^m,35 sobre el suelo, á derecha é izquierda, por los soportes distintos de las columnas que sostienen el suelo del paseo, á fin de evitar á los visitantes las vibraciones de los árboles de la trasmision, que dan cien vueltas por segundo. Unicamente sobre una longitud de 60 metros, la trasmision subterránea ha reemplazado á la trasmision aérea que no se prestaba bien á ciertas instalaciones especiales.

El desarrollo total de los árboles, tanto aparentes como subterráneos, es de 816 metros. Hé aquí en qué proporcion y cómo está formada la fuerza por los doce mecánicos expositores: 1.º MM. Powel, de Ruan, 60 caballos; dos máquinas verticales de balancin y de compensacion, sistema Wolff; caldera de vapor de fogon interior. 2.º Le Gavrian, de Lille, 55 caballos; máquina horizontal de cubierta, de condensacion y de escape variable, con volante dentado. 3.º Lecouteux, de Paris, 45 caballos; máquina vertical de balancin y de dos cilindros en una sola cubierta y de condensacion. 4.º Caldera tubular y fogon amovible, sistema Laurent y Thomas, M. Duvergier, de Lyon, 30 caballos; máquina horizontal, de escape variable y condensacion; dos calderas tubulares de fogones interiores amovibles y opuestos, sistema Chevalier, de Lyon. 5.º Quillacq, de Anzin, 20 caballos; máquina vertical de dos cilindros, movimiento directo y de escape; caldera con fogon fumivoro. 6.º Fábrica de Graffenstaden (baron de Bussière), 35 caballos; máquina horizontal, de escape variable y de condensacion; generadores y tubos calentadores. 7.º Royer, de Lille, 30 caballos; máquina horizontal de condensacion y de escape variable independiente; caldera con rejilla fumivora. 8.º Viuda de Coster, de Paris, 30 caballos; máquina horizontal de condensacion y escape variable por el regulador; caldera tubular de tubos amovibles. 9.º Rouget y Teston, de Verviers, 40 caballos; máquina horizontal de dos cilindros y de condensacion. 10.º Demeuse-Houget, Aquisgram, 35 caballos; máquina horizontal de dos cilindros, sin condensacion. 11.º Farcot é hijos, en Saint-Ouen, 40, 20 y 17 caballos; tres máquinas horizontales de condensacion; dos generadores tubulares, de fogon y haz tubular movible. 12.º Flaud, Paris, 50 caballos; máquina de dos cilindros inclinados, de escape variable; generador mixto, sistema Lecher; condensador por superficies expuestas y suspendidas en el aire, sistema Giffard; inyectores Giffard alimentando la caldera. El condensador Giffard de superficie es una de las novedades de la Exposicion: compónese de anchos tubos justapuestos, que permiten llevar á la caldera la misma agua, destilada sin cesar y perfectamente pura, con solo un décimo de pérdida; es un progreso considerable.

Una máquina de gas, sistema Lenoir, de la compañía parisiense del alumbrado, y el calórico por el gas; dos de medio caballo, una de dos caballos y dos de tres caballos, dan el movimiento á diversos aparatos de la Rumania, la Suecia, la España y otras naciones.

Los generadores de vapor se hallan instalados en el parque en edificios relacionados, con nueve chimeneas de 30 metros de altura.

SERVICIO HIDRÁULICO.

La comision imperial habia fijado en 10,000 metros cúbicos el volumen de agua diario para cubrir las necesidades de los numerosos servicios de la Exposicion (riego, produccion y condensacion de vapor, lavado, cascadas, rios, aquariums, etc.). A razon de 100 litros por dia y por habitante, esto bastaria para la alimentacion de una ciudad de 100,000 almas. La mitad de este consumo exige una carga ó una presion de 20 á 25 metros; y en cuanto á la otra mitad bastaba una carga de algunos metros sobre los orificios de distribucion. El servicio de las aguas se ha dividido pues, segun la presion, en dos pisos, correspondiente cada uno á una distribucion de 5,000 metros. Las dos distribuciones tienen su canalizacion distinta; pero en caso necesario pueden ponerse en comunicacion directa una con otra. El *servicio alto* comprende un receptáculo de 4,000 metros de capacidad establecido en lo alto del Trocadero, á lo largo de la avenida Malakoff, á 32 metros sobre el suelo de las galerías, y un establecimiento hidráulico instalado en la orilla del Sena, que alimenta el riego del parque, las fuentes monumentales, las bocas de incendios, etc. El *servicio bajo*, confiado á las calderas y á las bombas de la máquina de Indret, de 1,000 caballos, capaz de rechazar por hora hasta 1,200 metros cúbicos de agua, alimentará los condensadores, los generadores, las cascadas, los rios, etc. Esta máquina colosal será suplida, en caso necesario, por la de la compañía de fraguas y astilleros del Océano, colocada en el mismo lugar á la orilla del Sena. En el caso en que estos dos poderosos aparatos vinieran á detenerse simultáneamente, el servicio quedaria asegurado con otra distribucion, confiada á cinco empresarios expositores. Uno de ellos saca directamente las aguas del Sena para alimentar el estanque del parque, y los otros cuatro aspiran en este estanque de nivel permanente para rechazar las aguas en la canalizacion que les está destinada, bajo la presion de un receptáculo de hierro de 35 metros cúbicos de capacidad, cuyo nivel superior excede en 8 metros el del suelo del palacio.

F. M.

EL VESTÍBULO PRINCIPAL DE LA EXPOSICION.

El vestíbulo principal de la Exposicion que se ve representado en nuestra lámina, forma la entrada de honor que encuentra el visitante cuando llega por el puente de Iena. Este vestibulo monumental tiene proporciones grandiosas: 91 metros de largo, 15 de ancho y 18 de alto. Esta primera entrada, atravesando las galerías interiores, conduce sucesivamente al visitante á las exposiciones de materias primeras, de los vestidos, los muebles, el material de las artes liberales, de las obras de arte y de la historia del trabajo. El arquitecto M. Alfredo Leroux, ha hecho colocar ahí dos hermosas estatuas, la una de M. Crauk, que representa la Victoria coronando la bandera francesa, y la otra de M. Valette, representando al Sembrador de Cizaña del Evangelio.

H. C.

La Marquesa de Pinares.

NOVELA ORIGINAL

DE LA SEÑORA DOÑA FAUSTINA SAEZ DE MELGAR.

(Conclusion.)

— ¡La bondad de Dios es infinita! exclamó en tono solemne sor María de la Merced, cortando la conversacion, y preparándose á marchar.

— ¿Ya os vais?

— Sí, hijos míos, adios.

— Hasta mañana; si no venís, iremos nosotros.

— Como gustéis.

La madre y los hijos despidiéronse con vivas muestras de ternura.

Al salir á la calle las dos religiosas, una magnífica carretela las aguardaba. El lacayo abrió la portezuela, empero la angelical María de la Merced exclamó:

— ¡Ah! no, las siervas del señor solo deben caminar á pié... y continuó andando hasta el hospital.

— ¡Es una santa! exclamaron con admiracion los criados.

— Es un ángel del cielo que el señor ha dejado en este mundo para consuelo de la humanidad, añadió el portero, poniéndose la gorra que habia tenido en la mano hasta que desaparecieron las hermanas.

La misma opinion que los servidores de la casa de Pinares, tenia todo el mundo con respecto á la noble marquesa viuda.

En el trascurso de su vida que dejo referida en la primera y segunda parte de esta obra, siempre fueron

la bondad y la mansedumbre las bases de su carácter angelical.

Las evangélicas virtudes la grangearon el renombre de buena, de piadosa, adquiriendo con él una aureola mucho mas bella y mas gloriosa que cuantas las vanidades del mundo hubieren podido acumular sobre su frente.

En las contrariedades refugióse en el santuario de su purísima conciencia, llenando su alma la fe, la esperanza y la sublime caridad.

VII.

LA ENFERMA DEL NÚMERO 3.

Sor María de la Merced, víctima de su celo religioso y de su heroica abnegacion, hallábase enferma, lánguida y abatida, cuando escuchó decir á una religiosa:

— La enferma del número 3 se muere.

Inmediatamente olvidó sus dolores la angelical hermana de la Caridad, y abandonando el descanso que tanto necesitaba, se dirigió á prestar los últimos auxilios á la moribunda.

Era la primera vez que se acercaba á aquel lecho, sin embargo de que hacia muchos meses le ocupaba la misma persona.

A la primera ojeada reconoció las facciones de la enferma.

Era Flora del Palancar.

El sello de la muerte veíase impreso en su rostro.

Sor María de la Merced la miró con lástima, y haciendo un penoso esfuerzo por contener su emocion, preguntó al sacerdote que estaba sentado á la cabecera.

— ¿Ha confesado?

— Todavía no; apenas tiene alientos para articular una palabra, contestó.

— La fortaleceremos con esta benéfica bebida, para que cobre fuerzas y pueda preparar su alma.

Al decir esto, sor María tomó de manos de otra religiosa la taza que contenia el calmante, y haciendo incorporar á la enferma, la dijo con angelical dulzura:

— Hermana mia, tomad esto, que os hará mucho bien.

Flora, al escuchar aquella voz tan pura y armoniosa, se estremeció vivamente.

— ¡Esa voz! murmuró fijando la vista en la marquesa.

— ¿Me conocéis?...

— ¡Sois la marquesa de Pinares! gritó aterrada.

— No, hija mia, soy únicamente sor María de la Merced.

— ¡Venís á asesinar-me!...

— ¡Vengo á salvar vuestra alma!...

— Imposible, he ofendido mucho á Dios.

— Pero su bondad es infinita.

— He causado muchos males...

— Os serán perdonados.

— ¿Vos me perdonáis?

— Con todo mi corazon.

— ¿Y Honorata?

— Tambien; yo os concedo el perdon en su nombre.

— ¡Oh, alma generosa!

— Tranquilizaos: tomad este calmante, que os dará fuerzas para revelar vuestras culpas al ministro del Señor.

— Sí, dadme, porque tengo un infierno en el corazon.

— El saludable bálsamo de la religion calmará vuestros tormentos.

— ¿Y hará callar este grito incesante de mi conciencia acusadora?

— Desde luego, si el arrepentimiento es verdadero.

— ¡Cuánto sufro! dadme, dadme.

Con ansiedad febril apuró la bebida, y extendió sus manos hácia el sacerdote en actitud suplicante.

Las hermanas se retiraron.

En el semblante de la infeliz mujer se pintaban los remordimientos, la culpa y la indefinible expresion de un dolor sin medida.

Una hora despues, viéndose absuelta por el sacerdote, varió completamente su fisonomía, apareciendo en ella al par de la calma de la agonía, una consoladora esperanza.

— ¡Sé que voy á morir! murmuró.

— ¿Y estais dispuesta á comparecer ante el tribunal de Dios?

— ¡Ah, padre mio! ya sabeis que he sido una gran pecadora, dejándome llevar de mis instintos de ambicion y de un orgullo satánico; pero en este momento deploro mis pasados extravíos, conozco mis culpas, y sinceramente arrepentida, imploro con toda mi alma la misericordia divina.

— Preparaos pues á recibir los Sacramentos.

Sor María de la Merced y Atocha volvieron á ocupar su puesto cerca de la enferma, no dejándola ni un solo momento en su larga y penosísima agonía.

Al amanecer del siguiente dia envió la marquesa á buscar á sus hijos; se encontraba enferma y se agravó su mal con la escena que se vió obligada á presenciarse.

— ¡Cuán pálida estais, madre mia! dijeron Rafael y Honorata abrazando á su madre.

— ¿Quereis saber la causa?

— Lo deseamos.

— Tended la vista hácia el número 3.

— Hay en él una enferma.

— Y bien, esa mujer está agonizando, y para que su

alma pueda volar tranquila al otro mundo, necesita vuestro perdón.

— Decidnos su nombre.

— Es Flora del Palancar.

— ¡Ella, Dios mío!...

— Sí, perdonadla, para que Dios os perdone.

— Morid en paz, tía mía; no os guardo rencor, ni recuerdo si me habeis ofendido, dijo Honorata arrodillándose al pie del lecho.

La enferma, tendiendo sobre la generosa jóven una mirada de ternura, exclamó con voz débil:

— ¡Dios te bendiga!

Luego cerró los ojos, la creyeron muerta; pero los volvió a abrir, y asiendo con ansia un crucifijo, le besó repetidas veces murmurando:

— ¡Ay, perdonada... sí, sí, puedo morir tranquila, pero no feliz!... ¡Mi hijo... mi hijo, ni un beso de paz estampó sobre mi frente... yo fui mala hija... y él siguió mi ejemplo, siendo ingrato con su madre!...

No tuvo fuerzas para proseguir y cayó sobre la almohada, exhalando el último suspiro.

El sacerdote murmuró la oración de los agonizantes. Atocha, cubriendo con un lienzo el cadáver, vertió una lágrima de compasión.

Sor María de la Merced y Honorata rezaban arrodilladas.

Rafael contemplaba conmovido aquella escena, y exclamó con voz solemne:

— ¡Oh, Dios mío, cuán cierto es que todo delincuente halla en el mundo su castigo!... ¡Qué ejemplo nos ofrece esa mujer, muriendo en un hospital! ¡Cuán grande, cuán sublime!... ¡Ella hija de una noble familia, que ha vivido siempre en la opulencia, que ha podido ser feliz en el mundo, y por dejarse dominar de la avaricia, la altanería y el orgullo, ha llegado á concluir sus días miserable, y sufriendo todos los dolores, y las acerbas amarguras de un arrepentimiento doloroso!...

Rafael inclinó la cabeza con abatimiento; de pronto se lanzó hácia su madre, recibéndola en sus brazos, exclamando:

— ¡Madre mía!

— ¡Oh, Dios, se pone mala! gritó Honorata.

Efectivamente, las fuerzas de la angelical marquesa estaban completamente agotadas, y no pudiendo sufrir el espectáculo que á su vista se ofrecía, cayó desmayada.

Mucho tiempo pasó despues de esta escena, postrada en el lecho, declarando los médicos que era su muerte inevitable si se empeñaba en continuar ejerciendo con tan sublime abnegación su santo ministerio.

En vista de estas razones, y animada siempre de su fervor religioso, dispuso su entrada en uno de los principales conventos de la corte, adonde la siguió Atocha, cumpliendo su promesa de no separarse de su lado.

Santa resolución que tuvo recompensa, pues ambas hallaron en la tranquila paz de su retiro la felicidad y la calma.

CONCLUSION.

VIII.

AVARICIA CASTIGADA.

Mis amables lectores desearán saber el paradero de la Corneja, y acaso habrán creído que se salvó haciendo uso de sus muchas riquezas. No fué así ciertamente: toda persona avara es muy desconfiada, y ella poseía esta cualidad en alto grado, por lo cual permaneció muchos meses en una prision lóbrega y oscura, sufriendo mil privaciones, y no quiso revelar á nadie su secreto ni dar las llaves del cuartito donde encerraba sus tesoros.

Ataulfo y algunos de sus compañeros pagaron con la vida los muchos robos y crímenes que tenían cometidos y que resultaron en la causa plenamente descubiertos. Empero la Corneja se salvó encerrándose en una negativa absoluta, y no pudieron por otra parte probarle delito que mereciese gran pena. Estuvo mucho tiempo en la cárcel, y al fin fué puesta en libertad.

Su primer pensamiento al verse libre, se fijó en la calle de Atocha; allí estaban sus riquezas, allí su porvenir y su fortuna. Temerosa de que la hubieran robado, corrió con toda la rapidez que sus enflaquecidas piernas la permitían.

Subió con celeridad hasta el piso principal y halló la puerta según la había dejado con doble cerradura, y sin la menor señal de haber sido fracturada.

Con un gran suspiro de satisfacción manifestó que sus recelos se disipaban.

Abrió con mano trémula, volvió á cerrar por dentro, y sin detenerse fué á la alcoba, donde buscando el secreto del armario y palpando con ambas manos el cajoncito, dió un grito de gozo:

— ¡Aquí está, no me han robado!... exclamó.

En aquel momento sintió que llamaban á la puerta.

— ¡Oh! ¿quién será?... murmuró vivamente alarmada.

El cuarto era sumamente pequeño y la puerta de entrada estaba tan cerca de la alcoba, que los de afuera debieron oír quizá las dos exclamaciones que dejó escapar la Corneja.

Los golpes se redoblaron.

— Abrid, nada temais, somos nosotros, gritó una voz bien conocida de la vieja, porque sin cuidarse de mirar por el ventanillo, abrió inmediatamente.

Se abalanzó como una ardilla al cuello de los recién llegados, y con las mayores muestras de alegría exclamaba:

— ¡Sois vosotros! ¡Ay, yo creí no ver mas á ninguno de mis conocidos! ¡Qué felicidad, Lopez y German, los dos primeros que encuentro!... Pero ¿quién os ha dicho dónde me hallaba, para venir á buscarme aquí?

— Una casualidad...

— ¡Dios la bendiga! exclamó interumpiéndole.

— Déjanos descansar y contestaremos á ese torrente de preguntas.

— Sí, sí; venid, sentaos.

Entraron en la sala.

— Tienes un cuartito muy modesto para lo rica que tú debes ser, dijo German.

— ¡Yo rica, ay! no lo creas.

— Ya sabemos que acabas de salir de la cárcel; como que desde allí venimos detrás de tí corriendo como gamos y no te hemos podido alcanzar.

— ¡Es verdad, infeliz de mí! mas de dos años he pasado en un calabozo.

— Si hubieras aprontado algunas monedas, estarias libre hace algun tiempo.

— ¡Y dónde las tengo! os aseguro que ni un maravedí me quedó despues de vuestra partida, solamente estos cuatro muebles que ahora tendré que vender para ir comiendo, hasta que con mis buenas mañas pueda abrirme camino; pero ¿y vosotros dónde habeis estado?

— En Francia; muy alegres y divertidos, hasta hace poco tiempo, que una noche le cortamos la cabeza á uno que nos andaba molestando, y hemos tenido necesidad de escapar, diciendo con el adagio *á tu tierra, grulla*, etc.

— ¡Cuán to me alegro, al fin volvemos á reunirnos! ¿Y qué tal de metálico?

— Eso no falta, el dinero de Flora se ha multiplicado allende los Pirineos.

— ¿Y qué pensais hacer?

— Ya lo veremos; por de pronto, si nos das hospitalidad, vivir en tu casa; y luego pondremos algun establecimiento semejante á la hostería, donde tú serás la reina.

— ¡Qué me place! apruebo esa resolución. Mi casa es vuestra y yo desde ahora me encargo de buscar un par de princesas tan lindas como Rosa y Flor del Espino; pero no tan tontas.

— Ciertamente, eran timoratas y necias como ellas solas, dijo Lopez.

— Y han hecho suerte con encontrar á su madre; pues según hemos oído casaron muy bien y se marcharon á Italia.

— Hicieron bien; aquí no podían pasar por grandes señoras, despues de estar dos años en una taberna, exclamó la Corneja.

— ¿Y cómo estando en la cárcel has adquirido tantas noticias? preguntó German.

— Por Tragabalas, ¿os acordais de aquel perillan que estaba de criado con Ataulfo? Pues bien, él ha hecho suerte, mientras su amo ha muerto en el patíbulo.

— ¿Pues cómo?

— Encargado por Flora de asesinar á la condesa Honorata, le dió la buena idea de salvarla en igual de ejecutar aquella orden, y agradecidos á este servicio, han conseguido su indulto y le han nombrado guarda del monte de Pinares.

— Convirtiéndole además en hombre honrado, ¿no es eso?

— Cier to; no piensa en ingresar otra vez en compañía de ladrones, sino en cumplir su deber. Estuvo á visitarme en la cárcel, y me contó además de la buena suerte de las chicas, la santa resolución de la marquesa viuda.

— ¿De la que fué pastora? He oído que era hermana de la Caridad...

— Ya es monja en un convento de esta corte; hace mas de un mes que profesó.

— ¿De modo que ha venido á ser pastora, marquesa y monja?

— Y hermana de la Caridad; aunque poco tiempo, porque su salud llegó á resentirse de tal modo que tuvo necesidad de abandonar el hospital para trasladarse á una morada mas pacífica.

— Dejémosla, pues, que ella termine sus días santamente y vamos á otra cosa, dijo German levantándose con impaciencia.

— ¿Qué quieres?

— ¿Qué he de querer, Corneja, cenar y acostarme? llevo dos noches sin dormir.

— El caso es que yo ni tengo cena, ni camas preparadas.

— Por nosotros no te incomodes; con este sofá y esta butaca tenemos bastante para pasar la noche; mañana Dios dirá.

— Sí, pero la cena...

— Tampoco hay que apurarse; añadió Lopez sacando un enorme trozo de jamon y un panecillo.

— Estais muy provistos.

— ¡Ya lo creo! nuestra vida ambulante lo requiere así.

Durante la conversacion de los tres amigos, habian trascurrido algunas horas. En varios relojes sonaron las doce de la noche, cuando la Corneja, tomando una luz dió las buenas noches á sus huéspedes y se fué á su alcoba.

Estos se fingieron dormidos, y cuando ella cerró la puerta se acercaron con sigilo á observar lo que pasaba dentro.

Dividia la alcoba de la sala una endeble vidriera cubierta por dentro con unas cortinillas de percalina verde, las que cerraban el paso á la luz, mas no fueron bastantes á impedir el espionaje de Lopez y German.

La Corneja ató el picaporte, y sentándose muy tranquila delante del armario, abrió el cajon y se puso á contemplar su tesoro con ojos de codicia.

— Mientras ellos duermen, murmuró para sí, voy á contar el dinero que tengo, ni siquiera lo sé. Veamos.

Tendió una mirada recelosa hácia la sala, y aunque oyó una especie de ronquido, era tan desconfiada, que variando de parecer cerró el cajon y dijo para sus adentros.

— ¡Vaya, vaya, mas vale dejarlo para cuando esté sola!... pueden oír el ruido.

— ¡Vieja taimada! exclamó German.

— ¿Has visto? exclamó á su oído Lopez; en ese cajon guarda sus riquezas; esperaremos que se duerma.

— ¡Si esa harpía no duerme! la avaricia la quita el sueño. Vamos ahora mismo.

German empujó fuertemente la puerta vidriera y todos los cristales saltaron.

El ruido que hicieron al caer, les impidió oír un grito que salió del cuarto bajo, y que angustiado repetía:

— ¡Fuego, fuego!

La Corneja se volvió rápidamente, y al ver delante de sí en actitud amenazadora á los que juzgaba entregados al reposo, no pudo contener una exclamacion de sorpresa:

— ¿Qué quereis?

— ¡Que abras allí!... dijo Lopez señalando al cajon del armario.

— ¡Nunca!

— ¡Ahora mismo! vengan esas llaves; German, sujétala y yo se las quitaré.

Entre los tres se travó una lucha desesperada que se prolongó por espacio de una hora; la Corneja se defendía como una leona. Por fin, cayó vencida. Lopez, arrojándola con furia las llaves, abrió, y despues de verlo que contenía, levantó en alto el cajoncito, mostrándole con aire de triunfo á su compañero.

En tanto la alarma habia cundido por toda la casa. Un fuego voraz consumía el piso bajo, y ya las llamas subian por la escalera y asaltaban los balcones del cuarto principal, habitado por la Corneja, y en el que tenia lugar una escena de diferente especie.

— ¡Ladrones, infames, vais á robarme mis ahorros de tantos años... las fatigas de toda mi vida!...

Sin embargo de hallarse postrada por los fuertes golpes que la dieron, aun sacó fuerzas de flaqueza y se arastró hácia ellos.

— ¡Aparta, bruja! la dijo German rechazándola.

Lopez volvió la caja sobre una mesa, y separando las alhajas del dinero, se dispuso á contarlas, exclamando con alegría:

— ¡Ya somos ricos! ¡Oh, cuánto valen todos estos brillantes!...

— ¡Partamos por igual!... dijo German.

— ¡Infames, pícaros, traidores!... seguia gritando la Corneja.

El ruido de sus voces ahogaba el estruendo que se sentía en la parte exterior de la casa.

La avaricia ensordecía el alma de aquellos miserables, que no vieron el peligro hasta que les fué imposible evitarle.

Antes sufrieron otra acometida de la Corneja, que con un esfuerzo sobrehumano, llegó á apoderarse de las alhajas y echó á correr con ellas hácia la puerta.

— ¡Detenla! exclamó German.

Mas no hubo necesidad; ella misma retrocedió ahogada por el humo y las llamas, que habiendo prendido en la puerta de la escalera, penetraban en el pasillo.

Volvieron á la sala horrorizados.

— ¡Salvémonos por el balcon! dijo la Corneja, olvidándose de todo para pensar en el riesgo inminente que corrían.

— ¡Es verdad! pero no dejemos esto.

Detuviéronse un momento los dos compañeros para llenar los bolsillos de monedas, mientras la Corneja, sin soltar las joyas que tenia estrechamente abrazadas, abría las maderas. Los cristales saltaron y un torrente de fuego penetró en la sala.

— ¡Oh, Dios mío, no hay salvacion para nosotros! gritó angustiada, cayendo de rodillas y acordándose de Dios en aquel supremo instante.

— ¡Estamos rodeados de llamas! exclamaron á un tiempo los dos amigos, cayendo en tierra sofocados.

Los muebles de la sala comenzaron á arder, cundió el fuego, y en breve se vieron envueltos por el voraz elemento que no tardó en consumir sus frágiles cuerpos, volando á otro mundo sus almas á dar cuenta de sus acciones ante el tribunal de la justicia divina.

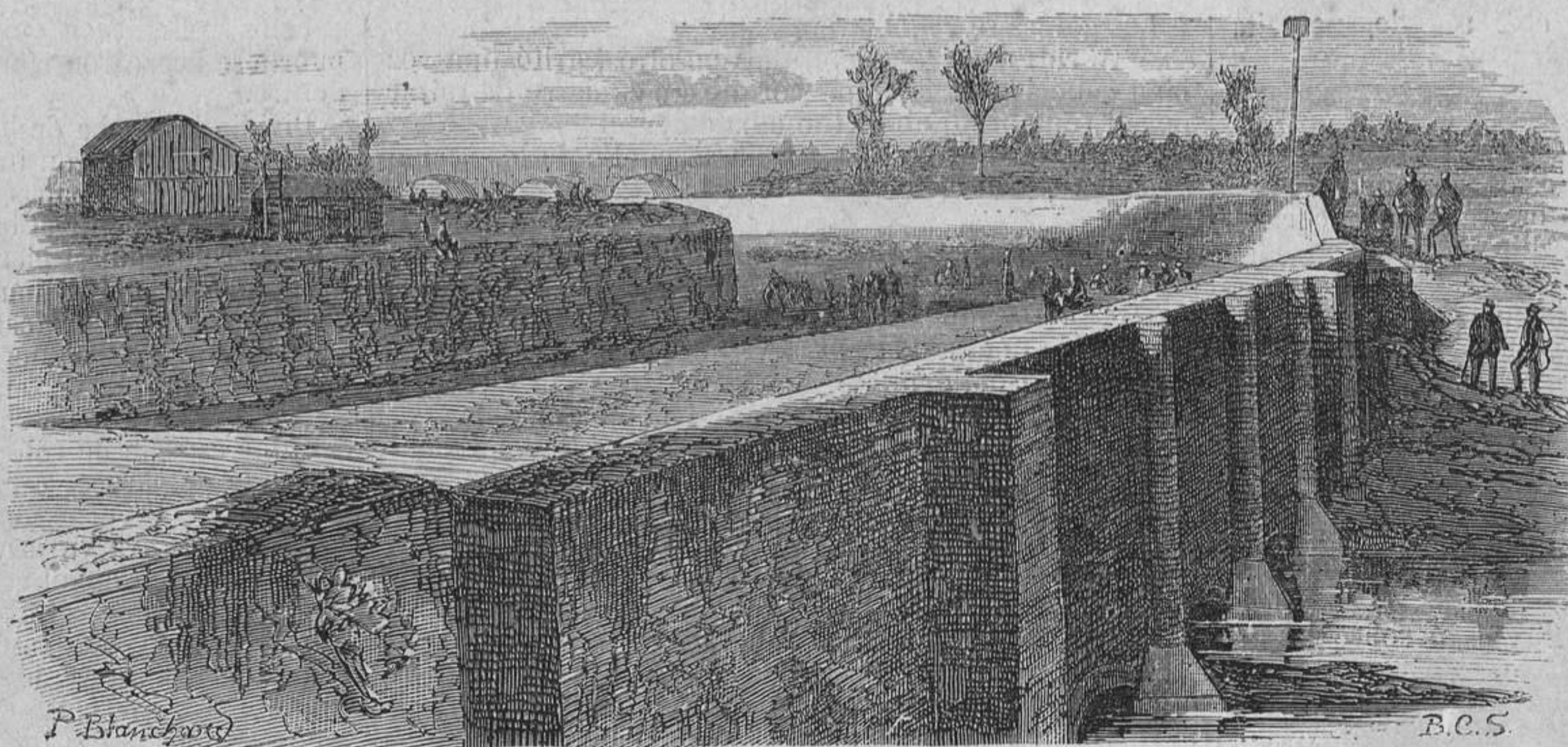
El canal Cavour.

(Continuacion. — Véase el número 743.)

Bajo el concepto económico, el canal Cavour presenta igualmente una grande importancia, pues ha rehabili-

tado el poder tradicional de las municipalidades italianas.

Los arrendatarios se han puesto de acuerdo con los propietarios para obtener el agua de regadío, pagándola con una parte del sobrante de la producción; y á su vez los propietarios se han asociado con los ingenieros y los capitalistas de sus pueblos respectivos para tratar con las autoridades municipales. Finalmente, estas últimas se han erigido en sindicatos, representando á las poblaciones de una misma provincia, á fin de alquilar cierto volumen de agua de riego suficiente para asegurar el interés del capital social. Sobre estas bases se ha calculado el rendimiento de la empresa, así como se ha previsto su porvenir, y se ha podido concluir la grande obra.



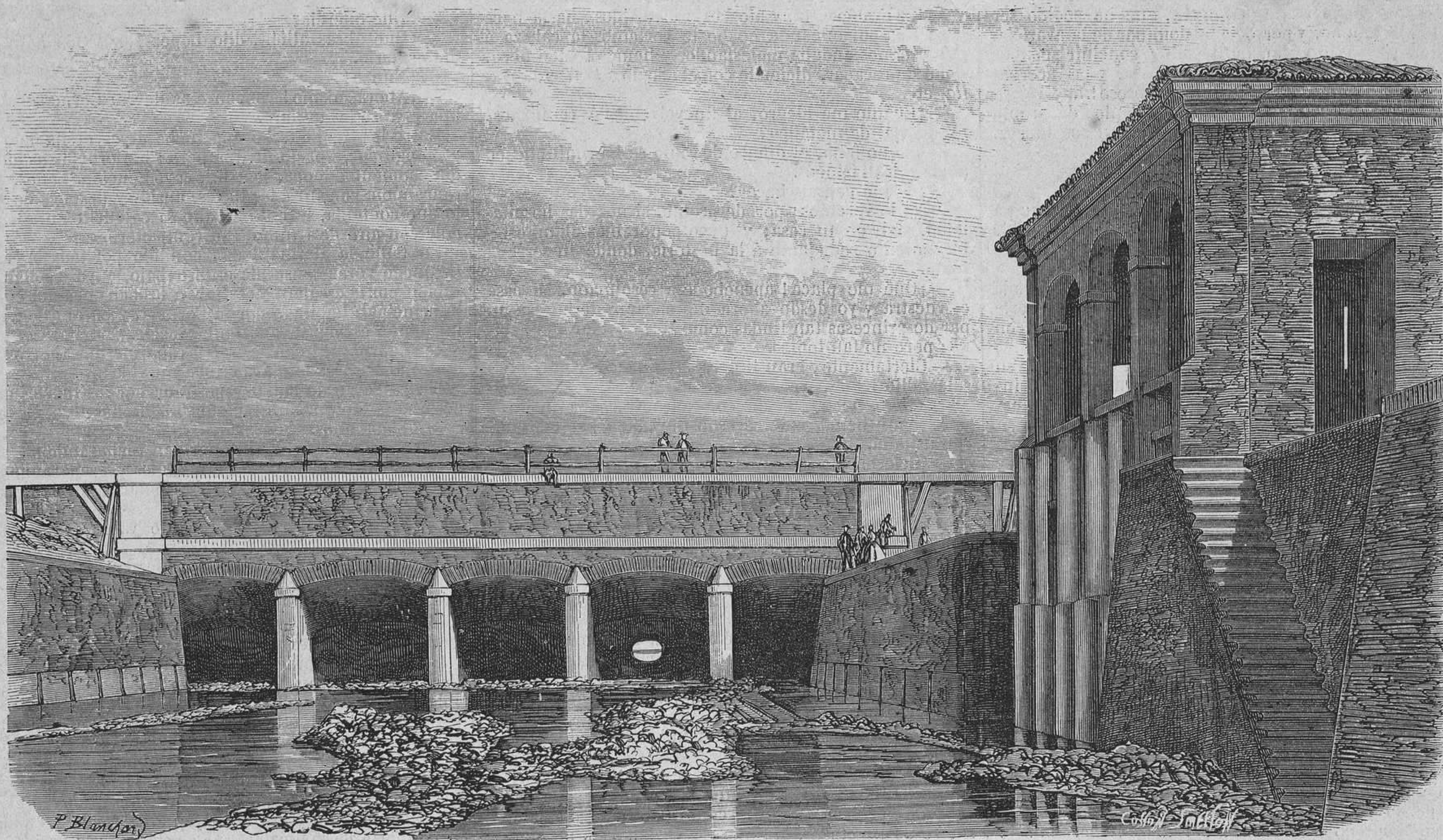
EL CANAL CAVOUR. — Acueducto del torrente Marchiazza.

II. — EL TRAZADO.

El canal Cavour forma entre Chivasso y Turbigo la

45 kilómetros existen obras de arte muy considerables, á saber: el puente-canal del rio Cervo, el desmonte de Villarboit; el puente-canal de Roasenda; el puente-canal

base de un gran triángulo, cuyos lados son el Po y el Tessino, y Pavia es el punto culminante. El canal parte de Chivasso, en la orilla izquierda del Po, tuerce bruscamente del Norte al Este y serpentea hasta el Dora, que atraviesa por medio de un puente canal de 9 arcos de 16 metros cada uno. Luego atraviesa el camino Turin-Novara, el canal de Ivrea, el camino de San Germaino, el ferrocarril Turin-Milan y pasa por mas abajo del torrente Elvo, mediante un tunel-sifon de 25 metros. Del Elvo al rio Sesia el trazado ofrece mucha irregularidad, y así es que en esta seccion de



Sifon del Sesia.

de Marchiazza; el tunel-sifon del Sesia, de 265 metros de largo, etc.

Este trazado ofrece una longitud de kil.: 73,332; 36 curvos y 37 rectilíneos. La altura media de las aguas es de 3^m, 40; la velocidad 1^m, 40 por 1". Toda la fábrica es impermeable, gracias á su revestimiento de capas externas-internas de cales hidráulicas. Cada seccion fué sometida á la prueba de la impermeabilidad, manteniendo en ella entre dos diques de arcilla un volumen de agua determinado durante muchos dias. Unos rodillos cónicos gigantes tirados por bueyes, cambiaban esta preparacion en un verdadero mármol.

III. — LAS OBRAS DE ARTE.

El canal ofrece obras de arte notabilísimas.

La figura 6ª representa el edificio de desvío, teniendo en el fondo una anchura de 40 metros. El lado izquierdo del canal forma sistema con el apoyo izquierdo del

puente de Chivasso. El lado derecho del edificio de desvío desemboca en el gran descargador. En este sitio, el dique izquierdo del Po se encuentra así asegurado en una longitud de 1 kilómetro, contra toda inundacion, y da un curso normal á las aguas de embocadura. — El edificio de presa tiene 500 metros de largo. La nave grande de presa presenta 40 metros de largo, 8 de ancho y 12 aberturas de 1^m, 50 cada una, sobrepuestas en dos órdenes, formando juntas una altura de 7^m, 50 c. Las aberturas tienen tres válvulas. Un mecanismo tan sencillo como sólido gobierna el movimiento de las llaves de presa. En el fondo de este edificio se eleva el descargador principal, compuesto de 9 aberturas de 1^m, 65 cada una. Unas dunas anchas de 10 metros y



Sifon del torrente Agogna.

VENTAJAS É INCONVENIENTES DE LA SUPRESION DE CLICHY, O SEA LA PRISION POR DEUDAS.



— Muy bien, prestaré á Vd. los 3,000 francos que me pide á 30 por 100; pero á consecuencia de la nueva ley, no le daré á Vd. mas que 2 lfrs. 75 en dinero, y lo restante en cocodrilos disecados y en ratoneras.



— Señor director, las modistas de Paris reunidas nos han delegado para exponer á Vd. el perjuicio que les causará la nueva ley, porque ya se burlarán de sus cuentas los maridos.



— La respetable clase de los tios ganará mucho, y los sobrinos se mostrarán con ellos mas cariñosos.



— Me sacan del cuarto que ha tenido Vd. la bondad de darme en Clichy, y vengo á pedirle que me dé hospedaje en su casa; págume Vd. el almuerzo y yo me buscaré la comida.



En Clichy.

— He entrado aquí por la fuerza de la ley, y no saldré sino por la fuerza de las bayonetas.



— Debo cien mil francos, y con tres años de Clichy pago mi deuda, lo que hace 33,000 francos de sueldo anual, casa, comida, y con los brazos cruzados: no salgo.



— ¡Este sí que lo entiende! ¡Debe trescientos mil francos! No es un petate como tú y yo, que estamos aquí por trescientos francos.



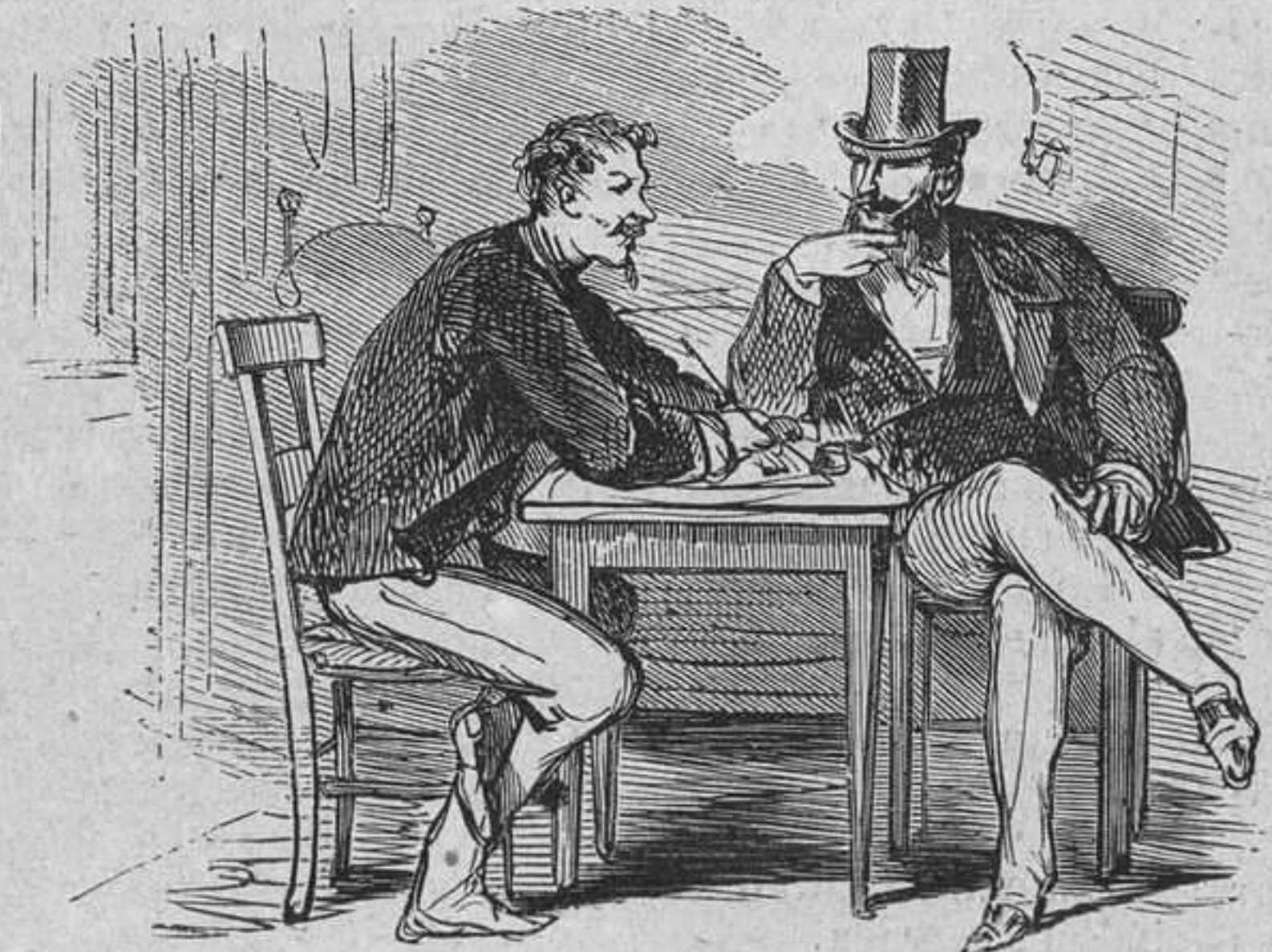
Campos ubi Clichy fuit.

— ¿Y qué será de los pobres alguaciles? Quizás tendrán que hacer deudas. ¡Es horrible!



El último preso.

— ¡Ese sí que tiene suerte! ¡Le fian y le hospedan por nada cuando los cuartos doblan de precio, y á mí no me darian fiado ni un vaso de vino!



— Te aseguro, amigo mio, que aquí se está muy bien para trabajar; no se oye la campanilla, y si asoma algun acreedor es para traer dinero.



Victorias y conquistas de Arturo de X...
El bulevar de los Italianos reconquistado á vista y paciencia de los acreedores.



La casa de Clichy evacuada por los deudores se convierte en refugio de los acreedores desocupados: los alguaciles, sin trabajo ya, les sirven los refrescos.

de 1m,50 de altura, protegen el pavimento contra la violencia de las aguas que salen de las aberturas. El puente-canal sobre el Dora tiene un largo de 192 metros: comenzada en setiembre de 1863 esta grande obra, se concluyó en abril de 1864.

Citémos a cuatro puentes-canales extraordinarios; el Dora, el Cervo, el Roasenda y el Marchiazza, y los cuatro grandes tuneles-sifones que pasan mas abajo del Elvo, el Sesia, el Agogna y el Terdoppio. El tunel-sifon del Sesia es el mas importante. Construido enteramente en las entrañas de la tierra, y superiormente cubierto por las aguas del gran rio, este gran trabajo ha exigido los últimos perfeccionamientos de la ciencia moderna y una suma de dinero casi igual á la que se ha gastado en los otros tres tuneles-sifones.

Las obras de arte de menor importancia se elevan á 320, entre las cuales se cuentan: 130 tuneles-sifones; 28 tuneles; 60 puentes y 28 puentes-canales. Para formarse una idea de las dificultades de estas obras, bastará consignar aquí que su base ha sido construida á 7 metros debajo del suelo y que este, destinado generalmente al cultivo del arroz, filtraba por hora hasta 300 m. c. de agua que ha sido menester elevar á 8 metros de altura. Se ha debido hacer un desmonte de 7 kilómetros para construir los nueve descargadores de la orilla derecha del canal. Para gobernar en toda eventualidad las aguas de los torrentes y rios limitrofes al canal, han construido una serie de obras, de las cuales solo el Cervo posee ocho.

Considerado en su conjunto este trabajo, hace honor á la Italia, á la ciencia moderna y á la agricultura. Comenzadas en diciembre de 1863 las obras de arte, se concluyeron en diciembre de 1865. El día de Navidad de 1865 el telégrafo anunció en Europa la inauguración del canal Cavour, una de las grandes obras agrícolas del siglo XIX.

G. C.

Crichton

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR W. HARRISON AINSWORTH.

(Conclusion.)

Acompañado de Margarita de Valois, Enrique III entró en seguida, y una maligna sonrisa agitó sus labios al ver el efecto que su aparición producía en el grupo.

— Teniais razon en vuestras conjeturas, hermana mia, dijo volviéndose á la reina de Navarra; nuestros enamorados se han refugiado aquí. Segun parece, la prision de un hugonote es tan á propósito para una cita de amor como el gabinete de una hermosa; pero creo que el buen Cristian hubiera podido encontrar una ocupacion mas conveniente en sus últimos momentos. Princesa de Condé, añadió dirigiéndose á Esclarimonda, que retrocedió estremeciéndose, el baile de máscaras reclama vuestra presencia.

— Señor, replicó la princesa con energía, prefiero permanecer cautiva toda mi vida en este calabozo, antes que volver á vuestros salones.

— Obedecedle, murmuró Crichton; quizás os pueda sacar de vuestra peligrosa situacion.

— Nuestra escolta nos espera, hermosa princesa, dijo el rey con tono significativo; no tengo intencion de encerraros aquí, ni deseo tampoco exponer mi salud permaneciendo mas tiempo bajo esta bóveda sombría.

— Idos, hija mia, dijo Cristian; la Providencia, que vela sobre los inocentes, os protegerá; no temais nada.

— ¿Me conducirá V. M. ante el rey de Navarra? preguntó Esclarimonda obedeciendo con repugnancia á la invitacion del rey.

— ¡Oh! ciertamente, contestó Enrique sonriendo; pero se halla tan entretenido, que no deseará vuestra compañía.

— Caballero Crichton, añadió Enrique deteniéndose, habeis desobedecido mis órdenes, y para lo sucesivo, os destierro de mi presencia.

— Enrique, dijo Margarita de Valois interponiéndose, por amor mio, olvidad su falta.

— ¿Por amor de vos, Margarita? replicó el rey con sorpresa; hace un momento que descábais su muerte.

— Llamadme inconsecuente si quereis, pero concededme lo que pido.

— La mujer es variable, repuso Enrique sonriendo; haré lo que deseais; pero es preciso que Crichton esté á vuestro lado, para que no se interrumpa la alegría de la fiesta. De ese modo quedaré satisfecho; y vamos.

— Margarita, dijo Crichton, vuestra generosidad ha salvado la corona de vuestro hermano.

— Si con ella hago renacer vuestro amor, me doy por satisfecha, contestó con ternura Margarita.

— Podreis hacer que así suceda, señora.

— ¿De qué modo? preguntó Margarita, temblando de agitacion. ¡Ah! ya adivino; necesitais de mi ayuda para salvar á la princesa de Condé del peligro que corre. Os ayudaré.

— Teneis un noble corazon, Margarita.

— Un corazon fiel y amante, Crichton; no juguéis con su ternura.

— Si sobrevivo á esta noche, mi vida os pertenece.

— ¿Qué quereis decir, Crichton?

— Estoy casi loco, Margarita; pero no nos detengamos. Enrique se ha marchado ya.

— Y Esclarimonda tambien, añadió la reina con una mirada celosa.

Pocos momentos despues de haberse marchado todos, Cristian comenzó de nuevo sus oraciones; pero fué interrumpido por la ruda voz de un oficial, que le mandó prepararse. El anciano obedeció al momento, y el calabozo se llenó de enmascarados que vestian trajes negros.

— Ha llegado tu última hora, dijo el oficial.

— Estoy pronto, contestó Cristian con voz firme; llevadme.

Mientras ataban las manos al anciano, un sacerdote que formaba parte del sombrío grupo, recitó una oracion fúnebre.

Despues condujeron á Cristian á través de una infinidad de pasillos tortuosos, hasta la orilla del Sena, iluminada en aquel momento por la rojiza luz de las antorchas que agitaba la multitud, y una vez allí fué arrojado en una barca, que atravesando con rapidez el rio, llegó á los pocos momentos al Prado de los Clérigos, donde un clamor de salvaje alegría acogió su llegada.

— ¡Encended la hoguera! aullaron mil voces; ¡que muera el hereje!

— ¡Tenemos sed de su muerte! gritaba el estudiante de la Sorbona, y necesitamos fuego para calentarnos, ¡pronto, pronto!

El rojizo resplandor que un instante despues iluminó las negras aguas del rio, era el reflejo de la fúnebre hoguera de Cristian.

XXXII.

LA CONSPIRACION.

Cuando el rey y su comitiva entraron en la fiesta, la animacion era general.

La orquesta lanzaba sus mas dulces preludios; los caballeros murmuraban palabras de amor al oido de las hermosas damas, y el baile se asemeja mucho á una orgia.

Al contemplar aquella escena, estremeciése Esclarimonda, y se hubiera retirado á no haberla contenido Enrique diciendo:

— El rey de Navarra está sentado á la mesa; en su mano brilla una copa, y dirige todas sus atenciones á la bella Rebours. Vamos á incomodarle, pero no importa, estoy pronto á confiaros á sus cuidados.

Esclarimonda vaciló.

— De todos modos, mejor será esperar á que concluya su cancion, porque es evidente, á juzgar por sus gestos, que expresa su amor en verso. Entre tanto, hermosa prima, quisiera que os cubriérais el rostro con la careta.

Mientras que la princesa obedecía al rey, Enrique de Navarra se levantó, y tomando la mano de su pareja, confundióse con los bailarines, entre los cuales se le perdió bien pronto de vista.

— Será necesario, dijo Enrique, que permanezcáis algunos minutos mas en mi compañía, y tan pronto como concluya el baile, mandaré llamar al Bearnés á nuestra presencia.

Esclarimonda se dejó conducir hasta una ventana, y entonces Enrique se aventuró á tomar su mano.

— Señor, dijo la princesa, esforzándose en retirarla, no consentiré en permanecer á vuestro lado, sino á condicion de que desistais de prodigarme vuestras atenciones.

— Me imponeis una dura condicion, bella prima, pero trataré de obedeceros.

La princesa buscó con los ojos á Crichton, pero entre la alegre multitud de máscaras que les rodeaba, no pudo distinguir al caballero ni á Margarita de Valois.

— Me ha abandonado, murmuró; esa real sirena ha vuelto á ejercer sobre él toda su influencia.

Enrique adivinó su pensamiento.

— Mi hermana, dijo, no ha impuesto á su caballero, segun parece, una condicion como la que acabais de imponerme, bella prima. Sus diferencias se han arreglado perfectamente por lo visto.

— ¡Señor!

— ¡Han desaparecido! ¿quereis que hagamos una visita al oratorio?

— Permittedme que me reuna con la reina madre; ví á S. M. en el salon vecino conversando con el duque de Nevers.

— ¿Con Nevers? repitió Enrique encolerizado; no, hija mia, no puedo separarme de vos, porque tengo que hablaros dos palabras acerca de ese admirable escocés. ¿Qué diriais si os advirtiese que la vida de Crichton depende de vuestra condescendencia á mis ruegos?

— ¡Su vida, señor! dijo Esclarimonda.

— Solo vuestra mano puede detener el puñal suspendido sobre su cabeza.

— ¡Me aterrás, señor!

— No es esa mi intencion, hija mia, repuso Enrique; solo os hago esta advertencia, porque está en vuestra mano salvarle.

— Comprendo á V. M., continuó friamente Esclarimonda.

— No enteramente, repuso el rey; podeis adivinar mis designios, pero no prever la proposicion que pienso hacerlos. Debo comenzar por referiros la historia de mis primeros amores: René de Rieux, prima querida, amaba antes que yo la viese á Felipe Altobiti.

— No prosigais, señor.

— Ahora es su esposa: vos amais al caballero Crichton: con las mismas condiciones podreis uniros á él.

— Soy la hija de Luis de Borbon, señor.

— El caballero Crichton será par de Francia.

— Yo no seré nunca la querida de un rey, replicó Esclarimonda con noble orgullo.

— Habeis pronunciado la sentencia de vuestro amante, hermosa prima, repuso Enrique. Du Halde, añadió en voz alta, decid al duque de Nevers que se presente á mí.

— Señor, dijo Esclarimonda, poniéndose mas pálida que la muerte, pero con firmeza; tened cuidado de no llevar las cosas al último extremo, pues aun cuando no soy mas que una mujer, si por celosa cólera é injustos motivos, enviais á un leal y valiente caballero á una muerte vergonzosa, os juro que me vengaré. Advertid que esto no es una vana amenaza.

— ¡Voto á sanes! exclamó Enrique, si hubiese tenido dudas sobre vuestro origen, ahora se habrian disipado, hermosa prima, al ver tanta arrogancia. Acepto vuestro desafio; Crichton muere, ó sois mia: decidíos, pues ahí está su ejecutor.

— Contestaré como el caballero Crichton hubiera contestado, dijo Esclarimonda; ¡la muerte antes que la deshonra!

Ya iba Enrique á replicar, cuando fué interrumpido por estrepitosas carcajadas que partian de un grupo de locuaces damas á quienes Brantome recitaba su *homilia de amor*.

Volvamos ahora al caballero Crichton.

Al entrar en el gran salon, el escocés se separó de Margarita de Valois, y poniéndose la careta, dirigióse con paso rápido hácia la reina madre, que hallándose en aquel momento conferenciando acaloradamente con el duque de Nevers, no se apercebía de su llegada. Colocóse pues detrás de una columna, y prestando atento oido, no perdió ni una palabra de la conversacion, aun cuando hablaban en voz muy baja.

— ¿Y decís que el duque de Anjou, alarmado con el descubrimiento de su carta en el misal, ha salido del Louvre inmediatamente? preguntó el duque de Nevers.

— En el momento de recibir vuestro billete, le despaché un fiel mensajero, y temiendo que le descubriesen, huyó.

— ¡Confusion! murmuró para sí el duque; su cabeza debía ser el precio de mi nombramiento.

— Estais pensativo, señor duque, dijo la maliciosa Catalina.

— Siento mucho que se haya destruido nuestro plan.

— No lo está enteramente, repuso la reina.

— ¿De veras?

— Lo que Anjou no se atreve á ejecutar, lo haré yo sola.

— ¿Vos, señora?

— No habiendo conseguido, á pesar de mis esfuerzos, comprar á ese incorruptible escocés, he buscado una mano tan segura como la suya y menos escrupulosa. Tened prontos á vuestros partidarios, Nevers, porque Enrique muere esta noche.

— ¿Y V. M. puede contar de seguro con el instrumento de su voluntad?

— Sí, contestó Catalina; es un bravo italiano acostumbrado á servirse del puñal, y que no necesitará herir dos veces.

— Está bien, dijo el duque, ¿y la señal?

— Será el asesinato del rey, replicó Catalina. Escuchadme bien, Nevers; yo haré de modo que Enrique y Crichton entren juntos en la cámara oval. El asesino, colocado detrás de la tapicería, herirá al rey en el momento de pasar: al oír el grito, arrojaos con vuestros secuaces sobre el escocés y matadle sin misericordia... A él se atribuirá la muerte de Enrique, añadió luego Catalina.

— Así se hará, señora.

— ¡Ah! hé aquí á Du Halde; es preciso separarnos. Instruido del plan de sus enemigos, apresuróse Crichton á reunirse con Margarita de Valois, que le aguardaba con impaciencia.

— A la cámara oval, reina mia; ¡pronto, pronto!

— ¿Por qué? preguntó Margarita.

— La vida de Enrique está amenazada por un asesino, contestó Crichton; es preciso que yo le vea para advertirle del peligro.

— El rey se halla ya allí; acaba de entrar con Esclarimonda.

— ¡Ah! exclamó Crichton, separándose de la reina; acaso llegue demasiado tarde para salvarle.

Volvamos ahora á la princesa de Condé.

Despues de haber rechazado con altivez las proposiciones del rey, segun ya hemos dicho, y para evitar su importunidad, acercóse Esclarimonda á la ventana para aspirar la fresca brisa de la noche.

Un terrible espectáculo se ofreció ante su vista: en medio de una inmensa llama viva y brillante que iluminaba una multitud de rostros amenazadores, hallábase suspendido un objeto negro é informe.

En aquel momento un prolongado grito de salvaje alegría se elevó de entre la muchedumbre, y los restos de Cristian cayeron en el elemento devorador.

Esclarimonda no oyó ya nada, y cayendo sin conocimiento en los brazos de Enrique, fué conducida por órden de este á la cámara oval.

Cuando Crichton llegó á las puertas de dicha cámara, hallóla cerrada.

Dos ugières apostados en aquel sitio le impidieron el paso.

— Seguidme, dijo Margarita, yo os enseñaré una entrada secreta.

Pasando á través de una serie de habitaciones con la rapidez del pensamiento, Crichton y la reina llegaron á una pequeña antecámara, en la cual alzando una tapicería, dejó ver una puerta secreta que los condujo á la cámara oval.

— ¡A mí! gritaba Enrique, que perseguido por Caravajia puñal en mano, huía con dirección al ruido. ¡Un asesino, socorro!

— ¡Ira de Dios, mi mano ha errado el golpe! gritaba Caravajia, cogiendo el manto de Enrique; ¡pero este encontrará el camino de tu corazón, tirano!

— ¡Detente! gritó Enrique.

— ¡Muere! exclamó Caravajia levantando su puñal.

Pero en el mismo instante la espada de Crichton le atravesó el pecho de parte á parte, y cayó pesadamente sobre el rey, á quien inundó con su sangre.

— ¡Crichton! murmuró Esclarimonda, vuelta de su desmayo por los gritos de Enrique; ¡ah, qué veo! ¡El rey asesinado!

— No, hermosa prima, repuso Enrique, desprendiéndose con trabajo de la mano de Caravajia, cerrada en las convulsiones de la muerte. ¡La Virgen sea loada! escapé sin herida del puñal del asesino: caballero Crichton, haced abrir las puertas.

Describir la confusión que se siguió al obedecer Crichton esta orden, y cuando el monarca pálido, tembloroso y cubierto de sangre, se presentó á las miradas de todos, sería imposible.

A su lado se mantenía Crichton con la espada desnuda, prueba sangrienta de la ejecución que acababa de tener lugar.

En medio de la consternación general oyóse la voz del duque de Nevers, que decía:

— ¡El rey está herido de muerte! el asesino es Crichton, y se halla delante de vosotros. ¡Matadle, hacedle pedazos!

— ¡Deteneos! gritó el rey reprimiendo el movimiento, no estoy herido. Señores, añadió dirigiéndose á la guardia, os mando apoderaros de la persona del duque de Nevers, á quien acuso del crimen de lesa majestad y de traición. Señora, continuó volviéndose á Catalina, responderéis á la misma acusación.

— Cuando gustéis, hijo mío, replicó la reina; estais equivocado, el único traidor se halla á vuestro lado; yo probaré que el caballero Crichton es culpable de los crímenes que me imputais.

— Que se presente Cosme Rugieri, dijo Crichton.

A esta orden el astrólogo se hizo paso á través de la multitud.

— ¿Qué tienes que decir contra mí? le preguntó imperiosamente la reina.

— Que habeis conspirado contra la vida del rey, vuestro hijo, repuso con firmeza Rugieri, y que el duque de Nevers es vuestro cómplice. Dignese V. M. recorrer con la vista este pergamino.

— Esto mismo te condena, Rugieri, dijo Enrique mirando el documento; estais gravemente complicado en esta conspiración.

— No lo niego, replicó el astrólogo; hágase igual justicia á todos los que han sido traidores.

— Rugieri, dijo el rey, te sentencio á galeras por lo que te resta de vida; Nevers perderá la cabeza en la plaza de la Greve; y en cuanto á vos, señora, añadió dirigiéndose á la reina madre, ya reflexionaré sobre vuestra sentencia.

— Estoy contento, exclamó Rugieri con aire de venganza satisfecha; uno de estos malditos Gonzagas caerá por mis manos.

— Llevadle, continuó Enrique. Caballero Crichton, dijo abrazando al escocés, sois mi salvador, y en adelante sereis mi hermano.

— ¡Señor!

— He desempeñado por mucho tiempo el papel de tirano y libertino, y ahora voy á esforzarme en ser un monarca generoso. La mano de la princesa de Condé será vuestra recompensa.

— ¡Ah! ¿qué significa esta vacilación? prosiguió Enrique.

— ¡Señor! un obstáculo mayor que el que habeis destruido nos separa, dijo el escocés; nuestra religion es distinta.

— ¡Qué importa esto! exclamó Enrique de Navarra, que se habia unido al grupo. Margarita de Valois es católica y yo protestante.

— Vuestra Majestad puede hacerme un favor que yo aceptaré gustoso, dijo Crichton.

— Decid.

— La libertad del rey de Navarra.

— Os la concedo, con la condición de que se lleve á su reina.

— Dispensadme, señor, replicó el Bearnés, tengo muy buenas razones para no separarla del admirable Crichton, y prefiero que me acompañe mi prima de Condé, á quien habeis prometido una buena escolta.

— Es verdad, pero yo quiero encontrarla mejor un esposo digno de ella.

— Crichton, murmuró Esclarimonda volviéndose al escocés y bajando los ojos ruborizada; ¿me concederéis vuestro perdón si falto á mi juramento?

— Con todo mi corazón, repuso Crichton. Comienzo á creer que no soy tan inflexible como lo era en el calabozo de Cristian.

— Yo adoptaré siempre la religion de la mujer á quien ame, dijo el Bearnés.

— Yo tambien, añadió Enrique III.

— Ya está pues todo arreglado, repuso Crichton; enviaremos á buscar un sacerdote, y él salvará las dificultades.

Los dos penados.

NOVELA ALEMANA

POR FEDERICO GERSTÄCKER.

I.

LA COLONIA DE LAS RIBERAS DEL MURRAY.

Una gran actividad, un desusado movimiento de animación y alegría reinaban en la morada del *squatter* (1) Powell, habitación aislada y ordinariamente silenciosa, situada cerca de la ribera del Murray, y el grito de «Las carretas llegan,» corría de boca en boca.

En efecto, se realizaba lo anunciado; un extranjero no hubiera creído que la llegada de aquellos carruajes fuese un suceso extraordinario; pero el que ha vivido algun tiempo en uno de esos establecimientos, así como el viajero que sabe la existencia que en ellos se arrastra, comprenderán la significación y la grande importancia de una noticia semejante.

Las comunicaciones comerciales entre esos edificios situados á orillas del Murray, como tambien entre las del interior de la Australia, á cuyos propietarios se titula *squatters*, y las otras partes de la Nueva Holanda, se verifican por medio de carretas tiradas por bueyes. Estos carruajes trasportan á la ciudad inmediata, y si es menester, á un puerto de mar, los productos de la granja, que consisten en lana, sebo y pieles de carnero, regresando cargados de todo lo indispensable á los habitantes de los campos, á saber, sacos de harina, barriles de azúcar, cajas de té, cajones de tabaco, herramientas, vestidos, calzado, etc., etc. Como el arribo de las carretas, sobre todo á los edificios lejanos, no tiene lugar mas que una vez al año, se puede imaginar sin gran esfuerzo con qué impaciencia son esperadas, y con qué alegría se saluda su regreso.

Los habitantes, ordinariamente poco numerosos, de un establecimiento de esta especie, situado en medio de las selvas, como una isla en medio del Océano, tienen tiempo sobrado para ejercitar su paciencia. Las carretas tiradas por bueyes son un medio de transporte extremadamente lento, y los conductores, por muy dignos que sean de confianza, son generalmente mensajeros de una desesperadora pereza.

Por lo tanto, aun cuando se tenga buen cuidado en calcular con bastante largueza el número de meses que deberá durar su ausencia, jamás vienen á sorprender á los que los despachan, y no adelantan jamás la época de su regreso.

La mañana del día en que principia nuestra historia, mucho antes de la hora del desayuno, el administrador de la colonia corrió con toda la velocidad que permitía su caballo cubierto de espuma, para anunciar á sus amigos el satisfactorio acontecimiento que se preparaba. El convoy habia acampado la víspera en la orilla del río, no estaba mas que á algunas millas de distancia de la granja, y dentro de algunas horas habria llegado á su destino. El buen hombre llevaba consigo un gran talego lleno de cartas y de periódicos que le habian sido confiados con objeto de que se recibieran mas pronto. ¡Cartas del país natal!... Solo los que se han visto separados en sus viajes á largas distancias de los seres queridos, los pobres proscritos que han pasado meses y años sin recibir ninguna nueva de su patria, comprenden verdaderamente las emociones de alegre sorpresa y de felicidad que conmueven el corazón cuando al fin se rompe la nema de aquellos mensajes de amor y de amistad, tanto tiempo aguardados, tan ardentemente deseados.

¡Cartas del suelo patrio! cartas cuyo solo timbre nos recuerda nuestra juventud, cuyo sobre, la oblea, el nombre de la ciudad natal, acompañado de una fecha ya remota, despiertan agradables memorias; cuyo cariñoso contenido forma una armonía que hace agitar profundamente el alma, al participar que todas las personas queridas disfrutan de buena salud, son felices, se acuerdan de nosotros y nos aman siempre con el mismo amor, consolando de este modo nuestra alma y animándonos para soportar el dolor de nuestra separación. Un día semejante es en efecto uno de los mas alegres y satisfactorios de la vida de un colono; estas cartas queridas son leídas y releídas, primero en voz baja y solo por la persona á quien van dirigidas, luego en alta voz en presencia de toda la familia; al principio se comenta cada frase y cada palabra, luego vuelve á principiar esta lectura interesante... Respecto á esto, la familia Powell, una de las principales de la colonia, no era una excepción de la regla. Se sirvió el desayuno, que se enfrió muy pronto, porque nadie mas que los niños tocó á los manjares colocados en la mesa. El pavimento estaba lleno de sobres rotos; cartas abiertas que habian sido leídas rápidamente, y periódicos que estaban todavía intactos, ocupaban alguna silla; los miembros de la familia, retirados á distintos puntos de la habitación, leían en silencio su correspondencia.

John Powell, uno de los mas ricos plantadores de las

(1) La palabra inglesa *squatter* significa, hablando con propiedad, un *desbastador*, un hombre que se establece en un terreno, sin título ni derecho.

orillas del Murray, poseía numerosos rebaños y un edificio muy vasto y cómodo, tan confortable como puede serlo una granja en medio de las selvas americanas; porque en un país civilizado, esta morada apenas hubiera fijado la atención tomándola por el asilo de un pobre colono, y conveniente tan solo para un hombre de esta condición.

John Powell estaba casado; su familia se componía de tres hijos y dos hijas. De estas la mayor contaba diez y nueve años, y la menor diez y seis; los hijos tenían, el mayor veinte años, el segundo trece, y el mas joven once apenas cumplidos. Hacia ya cerca de siete años que M. Powell habia ido á establecerse con su familia en las riberas del Murray, con el objeto de aprovechar para sus numerosos rebaños que aumentaban considerablemente de día en día, los buenos pastos que producian aquellas tierras, y efectivamente habia descubierto en aquel sitio inmensas praderas de que tomó posesión, porque la habitación de su vecino mas cercano estaba situada á treinta millas de distancia. En un desierto semejante, en medio de los interminables bosques de gomeros de la Australia, su familia no contaba realmente con otros recursos que los propios, y así no tiene nada de extraño que todos los pensamientos se dirigieran al porvenir, porque todos esperaban con impaciencia el día en que el padre, realizando su fortuna, dispusiera el regreso al suelo patrio. Por lo demás, tal es el modo de obrar y de pensar de casi todos los *squatters*, sobre todo de los que se casaron antes de salir de su país. En cualquiera parte del mundo adonde su suerte los conduzca, su voto mas querido es volver á ver un día su suelo natal. Sean las que quieran las ventajas que pueda ofrecerles su nueva morada, el recuerdo de su antigua patria hace latir sus corazones, y no pueden llegar á conseguir el olvido de las relaciones de otros tiempos, ni el lugar donde pasaron su infancia. Ni aun los que no han dejado al partir ningun pariente, están exceptuados de ver su alma atormentada; les asedian mil recuerdos, que no les permiten un momento de reposo hasta que se ven al fin embarcados para regresar á las playas queridas que los vieron partir.

Este ardiente deseo se hace sobre todo mas irresistible cuando las cartas siempre queridas, mensajeras del recuerdo, llegan y llaman á las puertas del corazón. La alegría y el placer se unen entonces para hacer correr algunas lágrimas que van á perderse entre las sonrisas.

Cada individuo de la familia procura ocultar á los demás lo que todos sienten, callar lo que todos quisieran decir, y que no tienen valor suficiente para expresar. Cada cual teme despertar en su vecino los sentimientos que le agitan á él mismo, y se aperciben apenas de que á todos preocupa á la vez un mismo pensamiento.

Mistress Powell fué la primera que tomó la palabra:

— ¡A Dios gracias, todos, incluso mi madre, astán buenos y son felices! exclamó procurando contener una lágrima y enjugándola en seguida á hurtadillas, mientras se quitaba los anteojos y los dejaba en el alféizar de la ventana, al lado de la cual estaba sentada. La buena anciana ha escrito la carta por sí misma, lamentándose no obstante de que su vista no es ya tan buena como en otro tiempo. Lee su carta, John; ¡Oh, cuán ardentemente desea volver á vernos antes de morir!

— ¡Y bien, y bien! eso no es difícil que tenga efecto, contestó Powell sonriendo, mientras dejaba encima de la mesa una carta y abría otra. Mi hermano ha llegado á Bombay, disfrutando perfecta salud.

— ¿Mi tío Ernesto está siempre en Quebec? preguntó Sarah; ¿no habla ya de su proyecto de venir á reunirse con nosotros como nos tiene ofrecido?

— Muy al contrario, replicó su padre entregándole una carta; toma, lee tú misma. Ha abandonado la carrera de las armas y piensa estar de regreso en nuestra querida Inglaterra para la próxima Pascua. Por lo demás este es el camino mas corto para venir aquí.

— ¡El camino mas corto! repitió mistress Powell ahogando un suspiro; sin embargo, Londres está á mas de dos mil leguas de distancia.

— Sí, convengo en ello, no está muy cerca en verdad, añadió M. Powell riendo; pero ¿qué son las distancias en el siglo en que vivimos? Se embarga uno y se instala muy confortablemente á bordo de un *steamer*; ¿qué importa que el viaje dure semanas ó meses? Siempre se llega al puerto, con la sola diferencia de que el viaje ha sido mas ó menos breve.

— ¡Cuán apartados estamos del centro de la civilización! dijo Sarah pensativa, con las manos puestas en la carta que tenia encima de sus rodillas. ¡Qué inmensa distancia nos separa de todos los seres queridos!

— Es verdad, repuso el padre bajando la cabeza, y esto es mucho mas cierto por lo que respecta á nuestra familia. De mis cinco hermanos, uno solo habita en la antigua Inglaterra. Yo estoy establecido aquí, Ernesto en el Canadá, Eduardo está en Bombay, y el quinto ha partido en un buque de guerra para ir Dios sabe adonde, á hacer tal vez una visita al Océano Pacífico. Será verdaderamente un día feliz aquel en que nos veamos reunidos todavía una vez al rededor de una mesa! Sin embargo, hay pocas probabilidades de que esto tenga lugar antes de que seamos viejos y de que nuestros cabellos hayan encanecido.

— Confío que nuestra reunion tendrá lugar en Inglaterra, añadió mistress Powell. Si alguna buena hada quisiera ofrecérselo de una manera positiva, soportaría gozosa todas mis penas.

El esposo de la buena señora la miró como si fuera á decir algo; de todos modos si tal era su intención, cambió prontamente de idea, y absorbió desde luego toda su atención la lectura de una carta que acababa de abrir

y empezaba á leer. Apenas habia terminado la lectura, oyó ladrar á los perros delante de la puerta y los chasquidos de los látigos de los boyeros que le anunciaban la llegada de las carretas. Toda la familia, á excepción del hijo mayor, que habia ido al bosque en busca de algunos caballos que se habian extraviado, se precipitó hácia la puerta de la casa para recibir á la gente y ver lo que traian.

— ¡Y bien, Colás! exclamó M. Powell dirigiéndose al anciano conductor encargado de guiar la caravana; ¿cómo os va? Me alegro mucho de veros; sin duda alguna habeis encontrado los caminos en muy mal estado.

— Efectivamente, señor, contestó el boyero, mientras hacia dar la vuelta, sirviéndose de un largo y pesado látigo, á los bueyes colocados á la cabeza, conduciendo así insensiblemente la carreta á la puerta del almacen. ¡Ohé, Ivoh, Diamante, allá, Back, muy bien! Maldito sea... perdonad, señor... Los caminos están en verdad muy malos, y luego el Rillibong arrastra tantos troncos de árbol, que se podria suponer con algun fundamento que hay en las montañas leñadores que están haciendo provision para el invierno. ¿Supongo que os habrán entregado el saco?

— Sí, Colás.
— Dentro encontrareis las cuentas.
— Ya las he visto. Los precios de las lanas se sostienen.

— Y los de la harina tambien. Quisiera ser... seria... ¡hum! no podeis formaros una idea, señor, de cómo especulan con las harinas esos pícaros comerciantes. No tardarán mucho en ponerse de acuerdo para triplicar su valor.

— ¡Calma, calma, muchacho! Ten cuidado no me agujerees los sacos. Eso es; ponedlos en tierra, aqui, los sacos unos encima de otros, y el resto aparte, para que yo pueda examinarlo todo. ¿Dónde está el té? ¡Ah! ya veo aqui las cajas.

— No hay cuidado que yo me olvide de hacer provision, dijo el conductor sonriendo mientras desenganchaba los bueyes, y teniendo cuidado de dejar á un lado las mercancías que se habian descargado. Vivir en medio de los bosques sin té seria terrible: seria un medio magnífico para transformarse en *dingo*, ó lo que es mas, en uno de esos negros brutos.

Mientras Colás se expresaba de esta manera, su camarada le ayudaba á desenganchar los bueyes, que el vaquero se quitaba de delante lanzando un juramento medio reprimido, despues de haberles quitado el yugo á fin de que se fueran á pacer.

Apenas se alejó algo de su amo, Colás empezó, como si hubiese querido dar algun solaz á su corazon, á pegar á los animales que tenia mas cercanos algunos latigazos en las orejas y á proferir en seguida una larga retahíla de juramentos. Todo esto, sin embargo, no tenia otro significado mas que la manifestacion del gozo de que se sentia trasportado viéndose felizmente de regreso, y una compensacion de la extraordinaria violencia que la presencia de su amo y de las señoras le habia obligado á imponerse durante algunos minutos, porque sabia muy bien que M. Powell no permitia á nadie que jurara delante de él.

Colás era un servidor completamente honrado y fiel, un criado digno de toda confianza, dotado de un excelente corazon, é incapaz de hacer daño á un niño. Aun cuando habia estado deportado en otro tiempo, habia sido luego puesto en libertad al cabo de algunos años. Jurar era su pasion dominante; añadiremos de paso que la manía de jurar y blasfemar se ha desarrollado mucho entre los desmontadores que viven en medio de los bosques. Algunas personas se inclinan á creer que esta es una costumbre de las que mas repugnan en los marinos, que tienen ya bastante propension á expresar sus sentimientos de aquella manera; pero en este lenguaje los marinos se quedan muy atrás de ciertos pájaros de cuenta que viven en las selvas; y á decir verdad, no hay comparacion posible entre unos y otros.

Cada palabra de estos últimos, aun la mas indiferente, va acompañada de un juramento que no es entre



Las termas de Juliano

Con el auxilio de los obreros que estaban trabajando mas cerca de la casa, las provisiones fueron conducidas en poco tiempo al almacen, cuya puerta, sin embargo, no se cerró inmediatamente. Jorge, el hijo mayor de M. Powell, que habia vuelto á toda prisa cuando oyó los chasquidos del látigo del conductor de los bueyes, permaneció, así como su hermano mas jóven, una hora entera ocupado en distribuir á los trabajadores tabaco y algunas bagatelas que estaban aguardando hacia ya algunos meses.

El tabaco, este consuelo de los que viven en el fondo de las selvas, habia faltado durante las últimas semanas transcurridas; esta privacion habia sido muy sentida y se habia hecho esperar de dia en dia á los criados hasta el arribo de las carretas. Su paciencia estaba casi agotada, porque apenas podian resignarse á esperar por mas tiempo. El patio se vió bien pronto lleno de hombres que mascaban tabaco y fumaban, pareciendo que en lo posible tambien eran felices. Su existencia era entonces doblemente alegre; tenian tabaco y al parecer se inquietaban muy poco por lo demás.

En la sala grande de la habitacion, las cartas habian pasado de mano en mano y cada cual habia dicho lo que le parecia sobre su contenido. Jorge Powell, el hijo mayor, abrió el paquete de periódicos y se entregó muy pronto por completo á la lectura.

(Se continuará.)

Curiosidades de Paris.

Las termas de Juliano. — La Galería de las Fiestas en el Hotel de Villa.

A principios del siglo IV, cuando Paris llamado entonces Lutecia, no habia atravesado todavia los estrechos límites de la Cité, se levantó un vasto edificio en la orilla izquierda del rio, que recibió el nombre de palacio de las Termas, en el cual fué proclamado emperador Juliano el Apóstata, en 360. Por aquellos tiempos remotos no se reducía exclusivamente á una casa de baños, como lo indica su nombre, sino que reunia en su recinto todo lo que podia contribuir al fausto y á la comodidad de una vida opulenta, y provisto además de obras defensivas, servia á la vez de casa de recreo y de ciudadela á los gobernadores romanos de las Galias.

Quando los francos sacudieron el yugo del poder romano, la morada de los Césares vino á ser la de los reyes de la primera y la segunda raza, hasta el tiempo que hicieron construir en la punta de la Cité el vasto edificio conocido con el nombre de Palacio de Justicia.

Una vez comenzado el ensanche de Paris en tiempo de Felipe Augusto, los terrenos dependientes de las Termas se cubrieron de casas, y el mismo palacio perteneció sucesivamente á diversos personajes. En 1340, la orden de Cluny compró todo lo que quedaba del dominio, y á fines del siglo XV no existian ya mas que las ruinas del antiguo palacio de las Termas en el estado en que se ven actualmente, segun las representa nuestro dibujo.

El otro de los grabados de esta página ofrece á nuestros lectores una vista de la famosa galería de las fiestas en el Hotel de Villa de Paris, cuando se halla animada por uno de esos grandes bailes de que tan repetidas veces hemos hablado en este periódico.

Este inmenso salon, de 50 metros de largo sobre 12 y medio de ancho, está decorado de blanco y oro. Veinte y seis arañas con cien bugías cada una iluminan la sala en cuyas bóvedas resplandecen magníficas pinturas de artistas afamados.

M. U.



El gran salon de baile del Hotel de Villa.

ellos mas que una locucion de amistoso saludo, equivalento algunas veces á un « ¿cómo va, muchacho? » La continua permanencia entre los bueyes puede influir tal vez mucho para adquirir esa mala costumbre.

Ese es uno de los inconvenientes mas terribles de la vida que pasan en los bosques aquellos hombres que se hallan de este modo enteramente alejados de la dulce influencia y de la comunicacion con las mujeres. El colono tiene naturalmente á su lado á su familia; pero los criados no tienen ninguna comunicacion con la casa, como se llama generalmente con énfasis la granja para distinguirla de las cabañas. Hasta el servicio de la cocina está desempeñado por hombres; y como entre los labradores de las granjas y los que los visitan, de los veinte, diez y nueve á lo menos son criminales indultados, se puede comprender fácilmente que su conversacion no es de las mas refinadas. Esta es por otra parte la verdadera pintura de su humilde condicion; el lenguaje esmerado se deja para los Swells, es decir, para los que usan un traje conveniente y no pertenecen á la clase de penados, ó expresándonos con mas claridad, á los ladrones de Australia.